

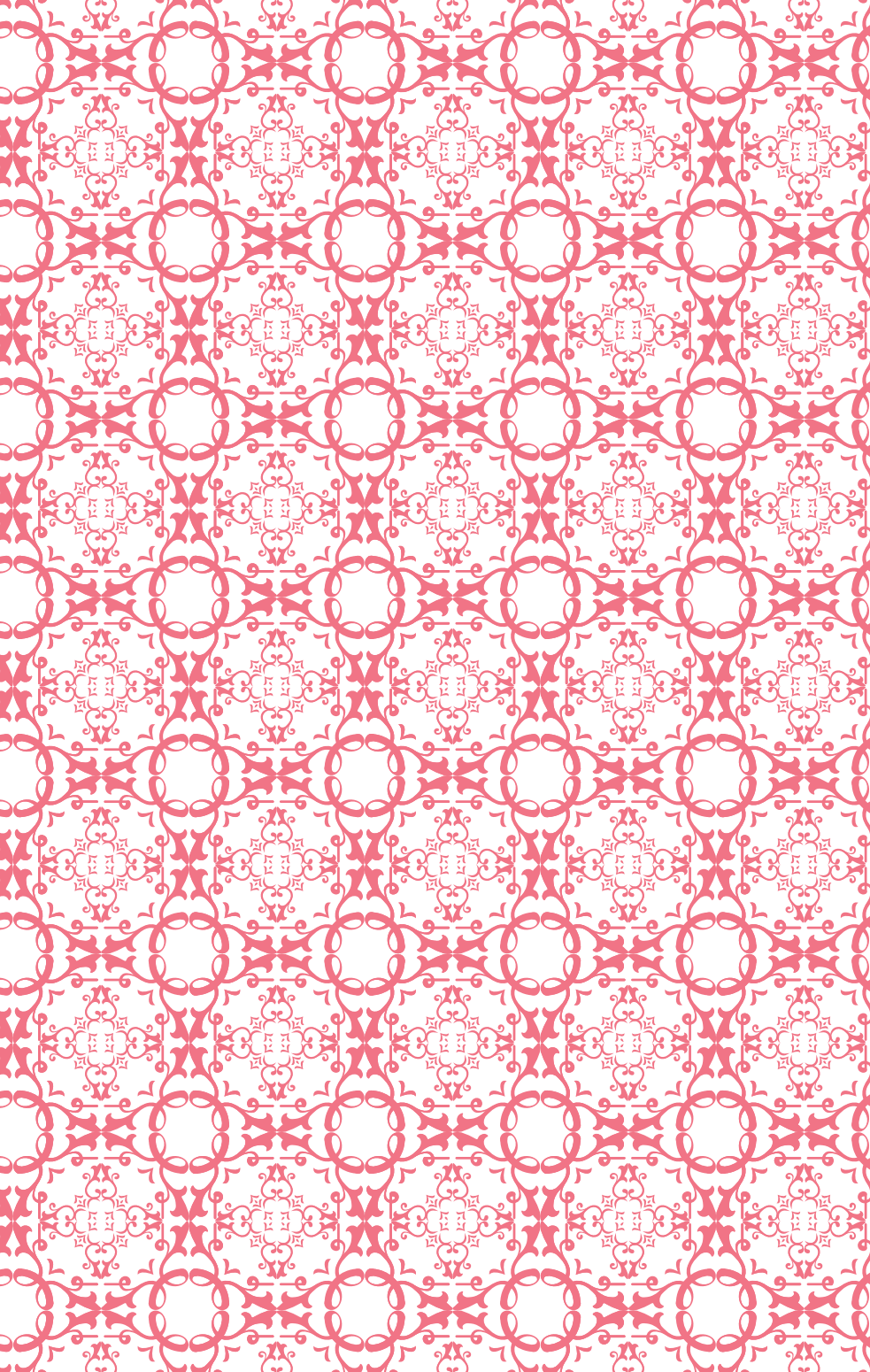
COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Con la boca en la mano

Cecilia Eudave



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Con la boca en la mano



Cecilia Eudave

COLECCIÓN
◆ CAMINANTE ◆
FERNANDO DEL PASO

Con la boca en la mano

Cecilia Eudave



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura



Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2019

Director de la colección
Fernando del Paso Morante †

Coordinadora de la colección
Carmen Villoro Ruiz

Autora
Irma Cecilia Eudave Robles

Prólogo
Patricia Rosas Chávez

D.R. © 2019, Universidad de Guadalajara



**EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA**

José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx
01 800 UDG LIBRO

Noviembre de 2019

ISBN 978-607-547-699-5



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar, se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de 25 libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por ésta.

Las colecciones literarias de narrativa, Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero,

expresan un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere transmitir a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

9	Prólogo
11	El oculista
19	Polvo otoñal
27	Insignificantes
37	Con la boca en la mano
44	De natura
48	El otro aleph
63	Viaje
70	Desintegrados
89	Un buscador familiar
99	Bocabajo



Prólogo

Querida lectora, querido lector:

Cuando propusimos a don Fernando del Paso que esta colección de narrativa llevara su nombre, sugirió que mejor se le llamara “Caminante” en alusión al poema de Antonio Machado. Generoso como era, quiso compartir con nuestros estudiantes de la UdeG una serie de lecturas que les animaran y contribuyeran a su gusto por la lectura. Alcanzó a elegir los primeros veinte títulos. Sirva la continuidad de esta colección Caminante, que también lleva su nombre, como un merecido homenaje y agradecimiento por su legado.

Vivimos una época en la que los radicalismos se vigorizan y acentúan; la intolerancia, la falta de respeto y reconocimiento a la otredad se muestran sin pudor en forma de xenofobia, racismo, homofobia o misoginia; el estigma es su raíz y la violencia su manifestación en diversas formas. En el caso de las mujeres, pese a que representamos la mitad de la población, existe una marcada inequidad en todos los ámbitos, y se padece violencia de muchos tipos que tiene su culmen en los feminicidios. Educar en la integración, la igualdad, la inclusión y el respeto implica reconocer las diferencias, las inequidades, dar la voz y empoderar a quienes han padecido la invisibilización y el silenciamiento.

Por ello, celebro que la poeta y escritora Carmen Villoro Ruiz, en tanto coordinadora de esta colección, haya sugerido que los diez títulos que ahora presentamos sean las voces de escritoras mexicanas contemporáneas; propuesta que fue acogida con gran entusiasmo por el Comité Editorial de Letras para Volar “Se trata de la mujer de nuestro tiempo: inteligente y crítica, sensible y propositiva” Carmen dixit. De este modo, damos voz, empoderamos, visibilizamos y educamos en la equidad e integración. Sirva esta decisión también como un homenaje a Lucinda Ruiz Posada, cuyo activismo intenso por la justicia social brilló bajo la intensa luz de la discreción.

Patricia Rosas Chávez
Directora de Letras para Volar

El oculista

Esta pasión de mirar como te miran comenzó hace años. Yo todavía no trabajaba para el gobierno y era joven, fue cuando llegó a mí un cliente al cual para proteger su identidad llamaré B. B, que tenía unos ojos muy grandes y claros (también evitaré dar el tono de ellos para que a su vez guarden anonimato).

—Algo me pasa en los ojos... —dijo, y calló unos segundos mientras me miraba como si no se atreviera a continuar. Entonces, yo me aventuré a sacarlo de ese estado.

—¿Qué les pasa a sus ojos?

—Con el derecho veo una cosa y con el izquierdo, otra—, contestó pesadamente.

—Cuénteme más.

—El ojo derecho ve lo que usted hace en este momento, que es auscultarme; mientras el izquierdo está siguiendo la vida de otra persona que se encuentra a muchos kilómetros de aquí.

Yo quedé mudo. ¿Cómo un ojo puede estar persiguiendo la vida de otra persona sin estar físicamente detrás de ella? Mi cliente era un perturbado mental sin duda. Pero con la mente abierta que da la juventud o la necesidad de conservar a los primeros pacientes, inten-

té no mostrar mi incredulidad y acerté a decirle con una seguridad asombrosa:

—No se preocupe, vamos a dar con el origen de su problema.

Tomé mi lamparita (nervioso, desconcertado) y observé sus ojos detenida e incansablemente. Dentro de los iris de B existían diversos funcionamientos visuales como los de cualquiera. Del lado derecho se acumulaban las imágenes certeras cohabitando con las imágenes que B seleccionaba de todo aquel universo de visión. Su ojo derecho veía el presente, las acciones normales y cotidianas. Le permitía desplazarse por el mundo, mirar a los otros como lo miran y lo ignoran, le temen y lo desean, se aproximan y se alejan, lo analizan y lo penetran. Con el ojo derecho, B llevaba una vida cotidiana. Podía cerrarlo y atraer contra sí los recuerdos de las imágenes inmediatas, las que su nervio óptico acababa de reciclar en su cerebro.

¡Pero el izquierdo! Ahí se desataron los problemas de la consulta. Ese ojo era un rebelde, un anarquista de la visión. Un desertor de las buenas costumbres, de la normalidad. Ese ojo era un hijo de la locura, en él yo no vi mi figura reflejada ni la luz de la lámpara, ni el entorno de mi consultorio. Ahí, en ese ojo, había otras imágenes...

—¿Por qué? —le pregunté abatido después de examinarlo incansablemente—. ¿Por qué no mira lo que debe mirar si es un ojo perfecto y funciona como cualquier otro?

—Porque está enamorado.

Quizá usted esperaba una respuesta más inquietante o menos ordinaria, más identificada con un proyecto secreto o de guerra, quizá hasta imaginó una posesión diabólica o una herencia de hechicería, tal vez la intervención de un virus nuevo en el ambiente o el principio de una locura certera. ¿Por qué no una mutación? O un avance genético que a todos nos espera. Pues no, ese ojo izquierdo estaba enamorado simplemente.

—Cuénteme —le dije tratando de ocultar la voz un tanto trémula.

B comenzó a narrar y yo a registrar en una pequeña grabadora (que saqué hábilmente del cajón de mi escritorio) sus palabras. Mi inquietud científica había caído fulminada por esa particularidad.

—Yo no debí jamás encontrarla, pero la encontré. Cosas de ese cruel destino que a todos nos ataca. Ella estaba ahí como si fuera su pertenencia, sin saber por qué, usted sabe, la ignorancia sentimental es la peor de las ignorancias. No me di cuenta inmediatamente de esa cadena de afección, fue mi ojo izquierdo el que ya no pudo separarse de ella. Notaba que si yo miraba hacia un lado, él lo hacía opuestamente. Mi ojo era como un girasol que la seguía como a la luz. Así, ella acaparó mi campo visual trastornando mi entorno. Estrabismo, pensé, padezco de estrabismo. Y fui directamente al oculista, al primero, que no encontró nada raro, me recetó unas gotas para la resequedad y me mandó a casa.

Con esa breve tranquilidad me tumbé en la cama. Intenté cerrar los ojos y solo el derecho obedeció. Por más esfuerzo que hacía para que el párpado izquierdo cayera, no cedió. Fue cuando sentí un golpe en las pupilas y la vi a ella frente a mí. Era tan real, se acercaba amenazadoramente. De pronto entró violenta en mi ojo izquierdo y me distrajo los nervios, la fuerza, la templanza. Después me vino una fiebre dolorosa, una fiebre del pensamiento: solo pensaba en ella, solo la veía a ella. Mi ojo izquierdo sufrió una inflamación profunda, se enrojeció en extremo. Comencé a ver borroso, cada vez más. Luego las imágenes se aclararon y el derecho volvió a la normalidad, pero el izquierdo guardaba una imagen: la de esa mujer. Estaba ahí, pálida y desierta como una duna ondulante en la pupila dilatada, calzándose unos zapatos de tacón. Me consulté por segunda vez. El oculista de ese entonces me recomendó no forzar la vista e ignoró por completo la historia de observar a distancia a otra persona. Solo prestó atención a mi relato cuando le dije que sentía como si trajera una piedrita en el lagrimal: “Algo dentro del ojo me lastima”. Él tomó su lamparita e inició la exploración. “Sí, en efecto veo algo”, y buscó unas pequeñas pinzas. Con trabajo comenzó a extraer del lagrimal un diminuto zapato de tacón. Con extrañeza lo examinó bajo su lupa y, guardando su turbación, agregó: “Lo que hacen ahora, puras miniaturas. Cuánto riesgo para los ojos”. Le pedí que me diera aquello y salí de ahí consternado.

Detuvo su relato y comenzó a rascarse el ojo izquierdo. Después llevó su pañuelo hasta el lagrimal, lo apretó con fuerza. Me mostró el contenido.

—Bueno, esta vez es un cenicero, fuma mucho...

Anonadado miré aquella miniatura, la tomé entre mis manos para examinarla. B continuó el relato sin percatarse de que yo casi perdía el aliento.

—Llorar pequeños objetos no era un problema. Bueno, al principio sí, pues la inflamación me molestaba mucho, pero aprendí a extraerlas a tiempo y el dolor se hacía breve. Lo que realmente me molesta es que mi ojo izquierdo solo la ve a ella. La sigue por todos lados, como si fuera una cámara secreta la persigue por doquier. De aquí para allá mi ojo la vigila y la conoce. Desde que se levanta hasta que vuelve a la cama. Sabemos sus hábitos, sus recorridos por la ciudad, sus debilidades, sus preferencias, sus aflicciones, sus perversiones, sus odios y sus aprecios. Todo aparece ante mi ojo izquierdo mientras fijo la vista en el techo de mi habitación. Soy un voyerista y me avergüenzo de observar la vida de alguien como si estuviese frente a una pantalla. Intenté clausurar mi ojo, parchar esa realidad que no era la mía. Sin embargo, el izquierdo no hace caso a nada y aún así mira. También es fetichista, por eso llora pequeños objetos, los roba. No me vea así, yo creo que los observa tan fijamente que los atrae hacia sí y luego los llora. No sé cómo lo hace, es su secreto. Así nos hicimos de zapatos, anillos, aretes, medias, blusas,

plumas, platos, cucharas, sábanas, fotografías, lencería, todo mi ojo izquierdo lo llora para él y para mí. Porque yo también me he enamorado, tanto seguimiento de su vida acabó por conquistarme.

B volvió a resguardarse en el silencio, a perder su vista en un punto lejano de la habitación mientras yo trataba de escrutar aquellos ojos extraños y cristalinos. Suspiró, y continuó la historia.

—Reflexioné mucho y decidí tratar de acercarme a ella, pues la locura acabaría por envolver mi cerebro si no la tocaba, si no hacía tangible todas esas imágenes. Coincidimos en una fiesta. Ahí estaba. Por primera vez mis ojos veían lo mismo, salvo cuando ella desaparecía de mi campo de visión, entonces el izquierdo como un guardaespaldas la monitoreaba. Ella me descubrió entre la gente, me miró y me lanzó una sonrisa de reconocimiento. Me saludó de lejos como si fuera un viejo conocido, alguien con quien se topa a diario. Sentí la incomodidad de estar tan presente en su vida que ya no le excitaba verme. Sentí que no me añoraba como cuando deseas poderosamente encontrarte con alguien, y cuando estás cerca ya no sabes cómo comportarte ni qué hacer. Me entristecí y me varé en mis conflictuados sentimientos mientras el maldito ojo izquierdo la perpetuaba por cualquier parte. Después de varias copas, me atreví a buscarla. Necesitaba hablar con ella, quería que me escuchara. Yo conocía su voz, su sonrisa, sus movimientos; ella, seguro nada de mí.

El ojo derecho de B se enrojeció y se humedeció traicionando la serenidad de su rostro, la entereza de su voluntad, la decisión de continuar su relato. Me pidió que cerrara un poco las persianas, pues la luz cada vez le hacía más daño. Tragó un poco de saliva y prosiguió.

—Por fin las circunstancias nos arrojaron a estar juntos y solos. Ella me sonrió con esa sonrisa que yo sabía de memoria. “Te conozco como nadie te conoce”, le dije. “Lo sé”, y agregó: “Puedes llevarte los objetos que quieras, puedes mirarme cuando quieras, puedes, pero jamás podrás tocarme. Así lo quiero yo y el ojo. Además tú no eres el único”. Se dio la vuelta, tomó su bolso y se fue. Y mi ojo izquierdo tras ella. Yo me quedé atascado en mi cuerpo con mis sensaciones, con mi ansiedad corporal.

B se incorporó de golpe y me dijo con mucha determinación:

—Quiero que me extirpe el ojo.

Como me había comentado, yo no era el primer oculista que veía. Recorrió un largo camino antes de llegar a mí, y todos se negaron a sacarle el ojo porque estaba completamente sano, aludiendo que B necesitaba un tratamiento de otro tipo.

—Pero usted ha visto cómo lloro objetos, eso es lo único a lo cual tengo acceso en esta relación que me tortura.

Accedí a extirpárselo. Debo admitir que quería quedarme con él y diseccionarlo, estudiarlo para dar

con el origen del fenómeno. B aceptó donarme el órgano si yo lo operaba inmediatamente. La intervención fue sencilla. El ojo no opuso resistencia. Salió del rostro de B sin ningún conflicto. Me quedé con él y lo estudié hasta el cansancio. No descubrí nada, era normal, orgánicamente perfecto. Acepté mi desilusión porque la ciencia es así: fatalmente certera ante los hechos.

Seguí viendo a B hasta que sanó la herida. Mi paciente estaba tranquilo, poco a poco se fortalecía su ánimo. Y antes de marcharse definitivamente —ya se había recuperado por completo de la operación—, me atreví a preguntarle:

—¿Está seguro de que extirpar el ojo fue la mejor solución? ¿No extraña a veces esas imágenes? ¿Esa insólita particularidad en su persona?

—Sí, pero la vida es más que una imagen.

Registro de imposibles, 2000

Polvo otoñal

Para Karla Sandomingo

Después de pagar el taxi que me dejó en la puerta del hotel el chofer me lanzó una mirada inquieta. No comprendí ese gesto inmediatamente, supuse que se debió a mi silencio durante el trayecto o a que le di las instrucciones detalladas de cómo llegar en un papelito amarillento y quemado a punto de desbaratarse; o tal vez percibió mi mano ennegrecida, reseca, que dejó pedacitos de piel en el billete que recibió asombrado. Posiblemente fue mi rostro extremadamente maquillado, semejante al de una máscara japonesa o a la cara de una geisha que reprime toda expresión.

—¿Le ayudo a bajar su equipaje?

Asentí con la cabeza y él rápidamente sacó de la cajuela mi maleta pequeña. Al verla tan minúscula, tan insignificante, tan apenas con lo necesario, me di pena. Contrastaba con mi bolso de mano inmenso, y ni siquiera sabía qué había echado dentro ni por qué pesaba tanto. Ya no puedo llevar peso, mi cuerpo se está derrumbando. Aún así insisto en quebrantarme los huesos como si con ello acelerara el proceso que me derruye.

Quise darle una propina, no la aceptó. Quizás observó las uñas amoratadas, no por el frío de esa tarde

otoñal, sino porque ya estaban a punto de desvanecerse en cuanto llegaran a la opacidad necesaria para su extinción, y sintió un poco de repulsa. No sé si repulsión sea la palabra adecuada para nombrar lo que provoca esta condición adquirida. Creo que en realidad tuvo miedo el pobre joven de contagiarse de algo. Y yo no pude explicarle, ni sonreír siquiera —hacía tiempo que si estiraba de más los labios se agrietaban las mejillas— para que esa sensación lúgubre de estar casi depositando un cadáver en ese decadente hotel no se fijara en su cabeza.

—Si quiere puedo llevarle las cosas hasta la recepción del hotel.

El chico lucía asustado pero al mismo tiempo un dejo de piedad o humanidad se desgajaba de sus ojos. Tenía los dientes apretados a pesar de disimularlo con una sonrisa amigable. No sé por qué los ancianos damos pena, tristeza. Moví la cabeza negativamente, sintió cierto alivio, subió rápido al auto. Antes de partir, agitó su mano como si se despidiera de un pariente o de un recuerdo.

Nunca fui un ser empático. “Naciste muy callada”, dijo mi madre. “Eras una niña solitaria”, me comentaron mis hermanos. No sonreía mucho y eso alejó a los muchachos. No fui atrevida, afirmaron mis amistades, unas cuantas que con el tiempo están ahí más por lástima que por afecto. Y por si aquello fuera poco todo lo que tocaba se resecaba, y poco a poco se desbarataba en

polvo. Esta condición la heredé de mi abuelo paterno. Él la tuvo, y sobrellevarla lo hizo un tipo difícil, hosco, porque debía contener la desdicha de convertir lo que tocaba en miseria quebradiza. Lo casaron con la abuela que era toda ilusión y anhelo, él pensó que sería una buena medicina aunque no le gustara ni le provocara deseo alguno. Nunca la acarició con ganas ni a ella ni a nadie. Cumplía sus deberes maritales, quién sabe cómo, quizás abandonando su cuerpo a las manos de una esposa afebrada a devolverle algo que de antemano sabía perdido. A mi madre la miraba con cierto cariño, sorprendido de no haber secado ese diminuto pedazo de carne. Intentaba, afanosamente, abrazarla con afecto, siempre con el cuidado de no hacerlo tan profundamente que llegara a romperla, buscando en ella una razón que no lo llevara a agotarlo todo, a desbaratarlo todo, con el único fin de sentir algo. La paternidad le hizo bien por unos años, muy pocos, los suficientes para comprender que debía alejarse de ella o la contagiaría de ese mal, casi condena, que viene a veces como legado familiar y emociones endémicas que se confieren como herencia.

Por ello el señor Fiore, a los treinta años, deja una viuda y una hija a manos de la fortuna para ahogarse misteriosamente en un mar calmo, no sin antes haber secado la casa familiar, los jardines, varias empresas y el futuro de su familia en una apatía estremecedora. La abuela salió adelante como pudo, se le marchitó el cuerpo yendo de un lado a otro añorando consuelo.

Por lo menos yo no fui madre. Suspiré, pero no por eso, ni por el destino de mi abuelo, sino por someter y haber sometido a tanta gente a mi tristeza, a esa cosa que me nacía por dentro, me mataba los deseos, la alegría, la intrepidez que se necesita para vivir.

Arrastré la maletita y acomodé el bolso. Antes de entrar a registrarme me senté en una banca próxima. Busqué la reserva que me hizo un sobrino. Le resultó extraño que quisiera irme a un lugar en medio de la nada, entre fronteras, en otoño, cuando hace un viento que asusta a los huesos y los hace crepitar constantemente. Le pareció absurdo que no eligiera un sitio paradisíaco lleno de gente como yo, que ahora con una pensión miserable, pero pensión al fin, de pronto pueden pagarse las vacaciones de su vida. Pero más le sorprendió que sacara todos mis ahorros, hiciera un viaje tan cansado, tan complicado y sin sentido, para instalarme indefinidamente en ese hotel caduco y deslucido. Vimos juntos las fotos del recinto, “por lo menos es limpio, tía Francesca”. No requería de nada más. De las disponibles elegí la más austera. Pedí incluso que retiraran un par de cosas que me parecían innecesarias: el tocador con un espejo y una cajonera oscura. Nunca me veo en los espejos, me deprimó. No tengo muchas cosas que guardar, ni siquiera recuerdos, el paso de mis días fueron absolutamente prescindibles, estar o no estar no hizo diferencia alguna en ningún momento de la existencia de alguien. También solicité que las ventanas no tuvieran cortinas.

Miré el jardín con algo de curiosidad. Me gustan los jardines en otoño, aunque los prefiero invernarse porque así cuando paseo y toco algún rosal, al que le quedan solo sus espinas, y lo seco, nadie lo nota. Sin embargo, la estación otoñal es mi favorita, pues nos anuncia que todo acaba convirtiéndose en hojarasca, en polvo, en ligero aliento de vida. Me sorprendí haciendo una leve mueca parecida a un esbozo de sonrisa. Quién iba a decirme que tendría que alejarme tanto de casa para comenzar a sentir una sensación parecida, supongo, a la tranquilidad; siempre he vivido entre zozobras, en la inquietud. Quién iba a pensar que vendría hasta aquí a hacer un recuento de mi existencia discreta, absorbida por una melancolía que no pedí y que agotaba a los que se me acercaban. “Nos secas”, dijo mi padre. “Mirarte es como mirar a tu abuelo y sentir sus manos de granizo en la piel”, comentó la abuela mientras percibía mi poco entusiasmo por las vacaciones, por la diversión, por el afecto.

Mi madre, en cambio, se aferró a contrarrestar mi condición con un entusiasmo irrelevante y ridículo. Pensó ilusamente que si ella era feliz por las dos me curaría. Se negó a ver cómo a mi paso todo se ennegrecía y se desmoronaba como tierra seca de baldío. Yo no era ni buena ni mala, simplemente era así y ella me quiso de esa manera por las dos. Su amor casi fue suficiente, por ello superé las expectativas de vida de la gente que nace triste y se va ensombreciendo poco a poco. Aun-

que, en el fondo de su corazón quizá pensaba, como todos, que viviría poco, que algún día iba a tomar un objeto punzante y, por pura curiosidad, abriría alguna de mis venas para descubrir si tenía sangre dentro, para saber si era roja, efervescente, vibrante, y al hacerlo sentiría alguna emoción, por más siniestra que fuera, pero emoción al fin.

No fui curiosa. Ni sosa, ni iracunda, ni complicada, ni lloraba siquiera. No llevaba agua dentro, ni risas, solo un poco de voz. Con ella me arreglé el mundo, con ella me interné en un trabajo matemático y rutinario que logró sacarme de la casa familiar, y permitió arrumbar mi sequía en un minúsculo piso de no más de cincuenta metros con lo necesario para resistir. Y resistir es la palabra, aunque mi hermana me gritara egoísta, o mi madre ingrata. Resistí por ellos de algún modo, y porque sé que todos tenemos una fecha de caducidad por dentro, violentarla no sirve de nada aunque lo hagan, si es tu hora no regresas nunca más. En fin, he vivido lo suficiente a fuerza de voluntad, a pesar de que esta maldición familiar con el paso de las generaciones te debilita, para darme cuenta de que al caer la edad una puede cubrir mejor sus rastros, una puede pasar desapercibida y ser menos señalada. Al mundo le molesta la gente que está sin estar, los que no bailan ni sonríen, los que van de lado o se esconden entre el sueño y la vigilia, los que huyen todo el tiempo porque tienen el don de volver un funeral cualquier instante, cualquier vida.

Toqué la banca de madera oscura donde estaba sentada y comenzó a crujir, el frío de mi mano le confirió la dureza de lo que se va a reventar. Por dentro sentí todo el hielo y al mismo tiempo el fuego que me ponía febril por las noches, que pasó de ser una sensación esporádica a constante en los últimos meses. Ahora ya no podía disimular el desasosiego y los objetos explotaban en polvo como si ahí les depositara mi ira, como si tantos años conteniéndome, tratando de disimular, de ser condescendiente con esta condición infame, perversa, con este don inservible de convertir todo en polvo, en tristeza, me regalara, por fin, una emoción distinta al desencanto. Así que esto es sentir algo luminoso, me dije.

Con ese ligero entusiasmo, inusitado y curioso, intenté levantarme de la banca, por primera vez sentía algo distinto a la desazón. No pude hacerlo. Las piernas comenzaron a incendiarse en una combustión azul y blanquecina que me pareció hermosa. Se me aceleró el corazón. Logré dejar de lado el enorme bolso e impulsarme con los brazos, que comenzaban a calentarse, para caer sobre la tierra e intentar rodar. No pude pedir ayuda, tengo la lengua seca desde hace años, la voz también. Cuando caí me rompí en dos sin llegar a despegarme completamente facilitando al sol, de ese mediodía otoñal, cumplir su trabajo de convertirme en una pequeña fogata. No dejé de contemplarme, ni cuando los ojos como el resto de mí intentó elevarse por los aires como si fuera una ligera brisa ceniza in-

tentando liberarse. Fue cuando escuché al hombre de la recepción que venía acompañado con un jovencito.

—Señorita Fiore, la estábamos esperando. Todo está dispuesto según sus indicaciones. Su habitación es la número quince, segunda planta, vista parcial al jardín, la ventana no tiene cortinas. Retiramos el tocador con espejo, también la cajonera. Esperamos que todo lo encuentre a su gusto.

Dicho esto, el chico tomó mis ridículas pertenencias, mientras el otro, con sumo cuidado, se arrodilló para incorporarme, pues ayudado de un escobilla recogió mis cenizas y las puso dentro de un frasco discreto de color azul como el mar.

Inédito

Insignificantes

Para Francisca Noguerol

I

Si alguna particularidad tengo es que duermo a todas horas, en cualquier lugar y sin importarme las consecuencias. No siempre fue así. Era un niño normal hasta que mi padre, escudriñándome desde su sillón, sentenció:

—Otro hijo insignificante.

—Y para colmo tiene mal sueño —terminó por decir mi madre.

Eso debió quedar en mi cerebro, o en algún lado se atoró, porque desde muy temprana edad decidí que dormiría la mayor parte del tiempo. Al principio fue una condición molesta en mi futuro, luego se convirtió en mi fuerza, en mi singularidad. La culpa, si hay que echársela a alguien, fue de mi subconsciente, que pudo haber escogido otra cosa, cualquiera, pero de entre todos los traumas, fobias o miedos que determinan el desarrollo de un ser humano seleccionó el dormir constante para nutrir mi vida.

No crean que por pernoctar mucho me quisieron más. Lejos de facilitarles mi crianza, se vieron obligados a vigilarme constantemente: no sabían si por las noches tenía frío o calor, hambre o cólicos, pues me

limitaba a girar de un lado a otro de la cuna o a lanzar algunos quejidos, imperturbable como una tabla o una piedra en el fondo del mar. La nana, con los años, aprendió a interpretarme de acuerdo con los quejidos o movimientos en la cama, acertando casi siempre; mamá, en cambio, renunció a mi cuidado pensando que me habían hecho brujería:

—Nos han hechizado al niño. Te dije que la yerbera del mercado Corona le echó mal de ojo, como le gustas... —repetía constantemente—; en todo caso nos han hechizado a todos. Este duerme todo el tiempo, el otro se come todo, literalmente, mira lo que acabo de sacarle de la boca —y le enseñaba unos cables—, y la niña... no sabemos cómo va a ser la niña.

Se tiene la creencia de que de padres monstruosos a veces nacen bellezas, pero de padres hermosos nunca se espera que paran bestias. Nosotros pertenecíamos a la segunda categoría: nunca estuvimos a la altura de los deseos de mamá o papá. De verdad nos esforzamos: si bien no resultamos, después de unas penosas adolescencias, unos adonis, sobre todo la niña (que a ciencia cierta no sabíamos cómo iba a ser), logramos ocupar un modesto lugar entre los normales. Digo modesto porque, aun queriendo pasar inadvertidos, era difícil imaginar a un hijo que ya entrado en angustia de exámenes semestrales se comiera los libros, los bolígrafos, las lapiceras y los termos de café: a trocitos, bien doblados, por aquello de no desgarrarse un intestino, mientras el otro, o sea yo,

era entregado en calidad de bulto por los maestros, los policías, los amigos o algún transeúnte piadoso, porque simplemente no despertaba por más intentos que hicieran. Ni agua fría, ni caliente. Infusiones, bálsamos olorosos, pastillas, remedios, doctores, chamanes: nada pudo contrarrestar esta tendencia mía, decidí dormir con tanta voluntad que fue imposible combatirme.

¿Y la niña? Nadie sabía con ella qué. Tal vez nunca se le puso atención a su crecimiento. Yo tengo un recuerdo muy vívido, como si hubiese sucedido ayer. Llegó muy tarde a cenar, nadie hubiera notado su ausencia, pero fue a disculparse diciendo:

—Me he cenado a un hombre.

Mi padre dejó por un minuto el periódico y la miró. Mi madre se limpió la boca con la servilleta intentando no perder la compostura; no atinó a pronunciar palabra. Mi hermano siguió comiendo con esa glotonería insaciable que lo orilló a tragarse un pedazo de cuchara (es la angustia, el ansia, decían los doctores del hospital), y a mí aquello me pareció genial:

—Es caníbal, la niña es caníbal.

Comencé a reír apenas un instante hasta que mi padre carraspeó y se quitó los lentes (él nunca hace eso) para preguntar:

—¿Lo dices en sentido literal o metafórico?

Los ojos de los cuatro cayeron sobre ella, levantó los hombros y se quedó de pie. Mi padre suspiró, se puso los lentes de nuevo, siguió con la lectura del periódico.

dico y con la cena. Yo no supe dónde colocarme, solo atiné a mirar el rostro de la niña, lleno de frustración. Quise seguir escudriñando aquella cara que se mostró ante nosotros, los labios ligeramente amoratados, los ojos hundidos, desproporcionadamente tristes, las manos crispadas y el color de su piel perdido en algún lado, recostado, quizás, en otra pared. La descubrí hermosa, algo en ella se abrió instantáneamente y nadie quiso darse cuenta. Tal vez debí comentar algo para sacarla de ese letargo. Mi madre se apresuró a gritarle:

—Lávate las manos y ven a cenar.

Entonces yo sentí que todo aquello debió ser un sueño, por eso nunca le dije nada y caí desvanecido sobre la sopa.

II

No hacía falta que me esforzara por mantener los ojos abiertos. La verdad, las pocas horas que me animaba a estar entre los diurnos eran suficientes para saber cómo iba nuestra vida familiar, como en esas películas malas que me llevaban a ver de niño. No me extrañó que mi madre, quien ya había perdido la fe a fuerza de tanto hijo mal parido, se enrolara en cosas de espiritismo y otras artes buscando algún consuelo. Nos hizo practicar a su lado toda clase de atajos para llegar a ser las personas adecuadas en su vida. Ni limpias, ni viajes astrales, ni la herbolaria sagrada, ni el vudú (que practicó con recato

y recelo, tampoco nos precisaba zombis) hicieron de nosotros lo que ella quería. Fueron quizá su mayor consuelo las lecturas de vidas pasadas. Aquí, bajo la tutela de Madame M., logró establecer la conexión kármica que existía entre ella y nosotros. Porque no éramos, eso le quedó muy claro, un darma en su vida, una bendición de los dioses, una dádiva de la naturaleza. Entre sueños y duermevelas recuerdo su rostro ahogado en lágrimas mientras se miraba al espejo reclamándose por no haber criado una familia decente, como si eso se pudiera criar. Luego nos maldecía a cada uno, haciendo una enorme lista de defectos (en ello no había ninguna distinción, todos éramos arrasados de manera equitativa), lanzando sin recato su desilusión, aquí y allá, en donde fuera.

Mis hermanos nunca llegaron a escucharla, por lo menos era discreta frente a ellos; yo tuve la desgracia de despertar un par de veces durante sus crisis y soportar, fingiendo dormir, cual muro de las lamentaciones su desdicha. Por supuesto ella siempre pensó que estaba dormido.

Mamá fue la primera en someterse a las regresiones. Madame le confirmó que fue una duquesa caprichosa. La vidente, astuta, supo manejar a mi madre, que jamás hubiese pagado lo que pagó por oír sobre una vida ínfima y sin decoro. ¿Quién hubiera querido ser una huérfana del hospicio Cabañas o una prostituta famélica de San Juan de Dios? Así estuvo meses, escuchando su pasado de realeza, descubriendo el porqué de su conducta y, claro está, la relación con nosotros. Sobre este punto la pitonisa afirmó

que la duquesa, ahora madre nuestra, era dueña absoluta de la existencia de sus criados y los trataba como esclavos, nulificándolos y maltratándolos constantemente. Tal vez por esa razón nosotros, sus sirvientes, ahora reencarnados en sus hijos, veníamos a escarmentarla. Horrorizada ante la idea de ser la mala, y de que se lo dijeran, decidió dar un giro a su relación con su prole (sobre todo para despejar el mal karma y no volvernos a ver en sus vidas futuras) y estableció su estrategia: dejarnos a nuestro libre albedrío, es decir, a crecer salvajemente.

Eso hubiera cambiado el rumbo de nuestras existencias y quizá no hubiésemos acabado así como acabamos; pero como Madame M. no tenía intenciones de perder tan buena clienta, le sugirió que nos llevara y sometiera a un proceso de regresiones, sobre todo para determinar si era un mal karma con relación a ella o cargábamos con culpas más específicas. De ser así, ella debía orientarnos para liberarse y liberarnos. Esa era su misión: ser nuestra guía. Como si tuviéramos misiones en el mundo.

Sin poder negarnos, para no acentuar la idea de que éramos unos pésimos hijos, acudimos puntuales a las citas. Yo resulté ser un piojoso ratero del siglo XVII, debatido entre la necesidad de reconocimiento y la avaricia, un holgazán de pacotilla que vivía del trabajo de los otros, del que se esperaba mucho y al final no logró nada.

—De ahí viene su necesidad de dormir tanto, para evadir su fracaso —sentenció la Madame.

¡Por Dios! Fue mi elección, no una evasiva.

Luego le tocó a mi hermano. Quietecito y taciturno como era, comiéndose a hurtadillas los clavos de la silla, escuchó estoicamente su pasado. La mujer, después de escarbar mucho, bajando a los planos alfa, beta y no sé qué más, logró ubicarlo como un boticario borracho que intoxicó y mató por negligencia a mucha gente allá en el XVIII. ¿Y la niña? No pusimos mucha atención, sobre todo porque la asoció con algo así como un espíritu muy joven que había habitado plantas y animales:

—Es un ser muy tribal, una esencia poderosa.

Mi madre debió haber escuchado: “Es un ser muy trivial, en esencia poderosa”, cosa que no le gustó en absoluto, pues en casa la única con poder era ella.

—¿Por qué nadie sabe qué va a ser esta niña?

III

Como había dicho, mi ego, acompañado del favor del inconsciente, decidió vivir más dormido que despierto. La verdad no fue ninguna complicación llevar este ritmo en la cotidianeidad: nuestras vidas eran como esas películas donde te duermes y cuando vuelves a abrir los ojos sigue sin pasar nada, ya lo he dicho, lo cual te facilita seguir la historia. Vivía enterándome de lo fundamental, como cuando mi hermano se tragó todo un instrumental médico y murió a causa de ello. En realidad fue un suicidio, eso a todos nos quedó muy claro,

menos a mis padres; en el funeral se mantuvieron abrazados mientras de manera siniestra movían la cabeza al unísono negando aquello. Quizá porque mi madre reconoció en silencio que no se puede tomar la batuta en cuestiones kármicas y que mi hermano siempre fue un pésimo doctor (porque nunca quiso serlo), además, un médico que, en ese intento de no llevar una vida tan monótona, dejaba dentro de sus pacientes un pequeño bisturí u otras cosas sin importancia.

En algunas ocasiones ese olvido voluntario acabó con la vida de sus pacientes. Quizá, y no lo justifico, fue esa necesidad de que los otros continuaran comiendo las cosas que a él le prohibieron desde siempre, echándole la culpa al ansia, a la angustia. Si lo hubieran dejado inmolar a aquel hombre que se tragó un avión en tres años, mi hermano estaría vivo, sería famoso y no estaría repitiendo su karma.

Yo lo quería y aun así me quedé dormido en su entierro.

¿Y la niña?

Apareció como las sombras llegan para deslizarse sobre un árbol del que no se movió hasta que el féretro descendió y comenzaron a echarle tierra. Cuando quise acercarme para saber de su vida, ya no estaba. Pero sí los reporteros, acechando a mis padres con preguntas morbosas. Logré persuadirlos y ayudé a mis progenitores a subir al auto a toda prisa. Por recompensa obtuve una mirada húmeda, distraída; yo, como siempre, me dormí.

IV

Pasaron los años. Yo luchaba contra un destino manifiesto que me condenaba a ser ladrón, porque a fuerza de repetirme aquello, llegué a creerlo. Y después de la muerte de mi hermano, mi madre se empeñó en vigilarme más. Así que, por sí o por no, me mantuve al margen de las fortunas (de los otros) y de lo que me pudiera traer problemas. Me hice de buenos trabajos en los que me esforzaba y destacaba, pero mi imposibilidad de mantenerme despierto me impidió sobresalir. Todos se volvieron recelosos: una persona que duerme tanto no puede estar sana ni física ni mentalmente. Uno a uno fui perdiendo mis empleos, mis amigos y novias; a la larga siempre me quedaba dormido.

V

Mi padre me informó, después de despertarme varias veces, porque dormitaba constantemente en el teléfono, sobre la muerte de mi madre. No lloré ni sentí nada, salvo un profundo alivio. Me incomodó un poco el no haber sido invitado al funeral, celebrado de manera privada y con apenas unos cuantos *allegados* (¡por Dios, yo soy su hijo!). Sin embargo, como una cosa natural, fui *notificado*, esa fue la palabra que utilizó mi padre, como una atención por los lazos de sangre; además, quería verme por un asunto *muy familiar*. Descarté la idea de una herencia tardía: mamá nos desheredó desde que nacimos.

Nos reunimos para cenar. La mesa que antes estuviera llena ahora solo nos albergaba a los dos. Sin pronunciar palabra comimos. Como de costumbre, mi padre leía el periódico y yo tardaba bastante en terminar cada plato, pues dormía fugazmente entre uno y otro. Cuando por fin llegó el café —doble para mí, a ver si la cafeína hacía su trabajo—, él se quitó los lentes (cosa que no presagiaba ninguna buena noticia) y habló:

—Creo que tu hermana sí está comiendo personas literalmente. Hay que buscarla, no quiero más escándalos... No más, ¡por la memoria de tu madre!

Sin evitarlo solté la carcajada que muchos años antes se me atoró en la garganta. Una vez que terminé de reírme (no cabía duda de que con los años uno aprende a reprimirse menos), pude observar a mi padre. Muy serio me miraba con atención. Quién sabe qué descubrió después de examinar mi cara durante un buen rato, pues le devolvió un rostro sereno. Se puso los lentes y, sin dejar de lado el periódico, dijo:

—Menos mal que contigo no me equivoqué, ojalá todos hubieran nacido así de insignificantes.

Los restos de la risa se me atragantaron y no, no pude caer dormido.

En primera persona, 2013

Con la boca en la mano

Para Valérie Montané

...y le creció ahí, entre extranjeros, una boca en la mano. Entonces la suya, la que habita la cara, dejó de ser la única boca de su vida. Pero ¿cómo le nació a E esa boca? Solo recuerda una mancha producto de una quemadura. Quemadura que E intuyó casual. Quemadura creciente y naciente, pues parió una boca.

Al principio era diminuta. Estaba ahí sobre el dorso de su mano despistada. Gestándose en silencio. Todo iba bien hasta que una noche escuchó: *Bonsoir*, en perfecto francés. Se sentó en la cama de golpe para después escuchar con un asombro aterrado: *Qu'est-ce qui se passe?* Atribuyó el hecho a un sueño en abismo, de esos en los que sueñas que despiertas pero que en realidad nunca has despertado. Sin embargo, y para no confiarse demasiado, E se levantó y fue al baño. Un poco de agua en la cara y de nuevo en la realidad. Mientras las manos mojaban el rostro, ¿qué ven los ojos de E reflejada en el espejo? Una boca en la mano. En la mano derecha, sí, sonriente, feliz, disfrutando el agua que se escurría por los dedos y le humedecía los labios: *C'est bon, hien?*

Entonces E pensó que había enloquecido en ese empeño suyo de hablar otra lengua que ahora le

daba..., otra lengua, otros labios, otros dientes, otra voz; eso se decía mientras observaba cómo aquella boca le sonreía. E cerró los ojos muy fuerte para atraer otra vez ese abismo de sueños. Y a ciegas se dirigió de nuevo a la cama para caer entre las sábanas, para volver a dormir. Pero tropezó con la mesita de noche, *Attention, tu me fais mal!* Cuando E la oyó, ya no pudo ni lamentarse, aquella boca era real, ahí en el dorso de la mano derecha. Sacando fuerzas de su perturbación, le dirigió la palabra:

—¿Qué haces ahí?

—*Je ne comprend pas ce que tu dis.*

Al observar cómo esa boca movía los labios y articulaba aquellas palabras le vino a E un mareo pesado, muy pesado, y se desmayó. Al día siguiente, al tocar sus pies el suelo frío, recordó la pesadilla, pasó su mano derecha por las cejas y no se atrevió a mirarla. Lo que pasó anoche fue un mal sueño, se decía E, solo eso debe ser. Corrió las cortinas y...

—¡Qué sol! —se dijo.

—*Il fait bon* —oyó decir.

E palideció y quiso tirarse por la ventana, porque temió ver el dorso de su mano derecha, porque temió ser como aquella mujer a la cual le dijeron: “Por nada del mundo veas hacia atrás o te convertirás en estatua de sal”. Pero lo hizo y sí, maldición, ahí estaba esa boca en su mano.

—Voy a ignorarla, eso haré.

Porque ignorarla era mejor que tirarse por la ventana. E inició sus actividades cotidianas sin prestar atención a los comentarios, porque cómo habla esa boca en la mano, cómo dice cosas con un vértigo desenfrenado, cosas que a veces ella no comprende porque habla rápido, sin darle tiempo a entender bien. Y se cansó de ir de un lado para otro tratando de callar esa voz que invadía la casa con sonidos extraños, venidos de ese idioma que, musical y todo, ya comenzaba a cansarla.

Esa segunda boca hacía comentarios sobre la casa: *Pourquoi toutes les couleurs des pièces sont différent?* Sobre su ropa, *Pourquoi tu ne t'habilles pas de noir?* Sobre por qué comía esto y no aquello, *Tu manges trop gras.* *Pourquoi tu n'essaies a les salades?* Sobre sus libros, *Tu ne connais pas la nouvelle vague française?* Sobre su yo, *Tu es très compliqué. Pourquoi tu n'es pas responsable?* Harta buscó en el botiquín una gasa y la tapó. Después puso mucha cinta adhesiva para que no pudiera arrancársela. Los labios, de esa segunda boca, se agitaban, parecían dos pequeñas momias embalsamadas. Al poco rato dejaron de moverse por la fatiga, pero volvieron a retorcerse frenéticos.

Cuando E se dio cuenta de la hora ya llevaba un retraso de cuarenta minutos para llegar al trabajo. Con premura tomó sus cosas y salió corriendo rumbo a la oficina. Mientras conducía su segunda boca hacía esfuerzos desesperados por librarse de la gasa, pero era inútil. E había tomado un curso de primeros auxilios y

por fin ese curso inmundo de su juventud daba algún fruto, esa boca estaba perfectamente amortajada. Ya en el trabajo y desempeñando las labores de siempre, olvidando por completo a la intrusa en su mano, se entregó a la rutina. Sin embargo, E es una persona noble y tuvo la debilidad de preocuparse por esa segunda boca que de pronto ya no se movía.

—¿Y si la he matado?

Su intención no era matarla, solo callarla y después erradicarla de la mano. Con cuidado desprendió la cinta adhesiva y luego retiró la gasa. La boca no se movía. Estaba tan quieta que se estremeció. Tocó los labios amoratados y fríos. Pasó el dedo por encima de ellos intentando darles masaje para reanimarlos. Nada.

—Soy una asesina.

E se acercó a ella, comenzó a darle respiración de boca a boca. Con la desesperación prendida a su aliento y con el corazón más allá de la garganta logró sacarle a aquella segunda boca las fuerzas necesarias para revivir. Por fin la oyó toser y los labios amoratados aún comenzaron a estirarse. Ambas bocas sonrieron brevemente. Estaba intentando hablarle en francés (porque era un hecho que el español no lo entendía o no quería entenderlo) para preguntarle por su estado cuando repentinamente entraron dos compañeros de trabajo. E escondió la mano. Ellos notaron aquel gesto y con curiosidad le preguntaron:

—¿Qué escondes, E?

—Nada.

—Estás escondiendo algo. Y se lanzaron encima de E para descubrir lo que estaba ocultando. Se puso en pie. Ellos la atajaron de un lado, del otro.

—Muéstranos. E con las fuerzas vencidas y con las bocas agitadas por los bruscos movimientos, les enseñó su mano.

—¿Eso es todo?

—¿Cómo que es todo? Esto es una rareza. Una mutación, una... no sé cómo llamarlo. Pero ellos, sin escucharla, se acercaron para observar aquella segunda boca con detenimiento.

—Pues se ve muy normal.

—Además, es muy guapa, podría decir que es idéntica a la tuya. Dijo el otro mientras con su dedo acariciaba sus labios.

—¿Cómo que guapa? ¿Cómo que se parece a la mía?

—¿Qué idioma habla? Preguntó uno de ellos mientras encendía un cigarro.

—Francés. Contestó E consternada de seguir una conversación absurda.

—¿Tiene tu mismo tono de voz? ¿Es tímida o extrovertida? ¿Es pretenciosa o relajada? ¿Segura o no? Ya me dirás. Mira, yo tengo dos. Comentó el que fumaba.

—¿Dos? —Sí —agregó feliz—. Una habla ruso y la otra alemán.

Se comenzó a desabrochar la camisa y le mostró sus bocas. Una, la rusa, la tenía entre las costillas y a

la alemana cerca del hombro. Ambas la saludaron en sus respectivos idiomas y luego guardaron silencio. El otro compañero, el que no fumaba, comenzó a quitarse un zapato.

—Yo solo tengo una, y está por salirme otra.

Y le mostró una enorme boca en el dorso de su pie.

—Ella habla inglés. Pero la nueva boca promete mucho, déjame enseñártela.

Abrió su camisa y le señaló cómo una pequeña quemadura se estaba gestando cerca de su corazón.

—Esta, estoy seguro, va hablar náhuatl —concluyó orgulloso.

E quedó muda y fuera de sí. Tomó asiento y sintió cómo el aire se volvía pesado, muy pesado. Ellos la observaban contrariados. Hasta que el que fumaba le preguntó:

—Tienes una bonita boca en la mano, E ¿por qué no la quieres?

Entonces E miró esa segunda boca. En verdad era muy bonita, sobre todo cuando sonreía. Pensó que quizá podrían aprender mucho la una de la otra. Hasta estéticamente aquella segunda boca le daba un toque de excentricidad a su persona. Comenzó a imaginar que tal vez si le pintara los labios de un rojo profundo resaltarían más sus rasgos, resultaría más atractiva. Y si E la ayudaba a ser menos egocéntrica, a lo mejor hasta lograban ser una sola en dos. En realidad, aquella boca era una buena aparición. Mientras E la miraba en su

mano e inspeccionaba sus pensamientos de vigilia, un ligero golpe de cansancio se coló entre sus huesos. De pronto se sintió muy cansada. Cerró los ojos mientras sus compañeros del trabajo le decían cosas que no alcanzó a comprender.

E despertó y como si saliera de un laberinto de sábanas se incorporó con dificultad. Puso los pies en el suelo tibio, estiró los brazos y al hacerlo recordó. Asustada miró rápidamente su mano derecha. Nada anormal, salvo esa pequeña quemadura en su dorso. Suspiró con alivio mientras observaba cómo por la ventana de la habitación entraban los rayos de un sol enorme. Entonces dijo:

—*Il fait bon!*

Asombrada E con su mano derecha se tapó la boca.

Registro de imposibles, 2000

De natura

Para Carmen Alemany Bay

Se obsesionó con el mundo vegetal, se gastó la fortuna de sus ancestros en construirse un paraíso donde solo habitaran plantas de todas las variedades y entre ellas edificó su vida. Los visitantes regulares eran los jardineros encargados de fumigar o podar, siempre bajo su vigilancia, los árboles, el pasto y cierto tipo de enredaderas que demandaban mucho esfuerzo. Contrató los servicios de un chef especializado en la preparación de comidas elaboradas solo con frutas o legumbres recolectadas de su huerto. Si enfermaba, un apotecario era el encargado de suministrarle sueros o medicinas naturales; sobra decir que poseía uno de los mejores jardines de herbolaria de la tierra. Uno de sus mayores logros como naturista fueron los invernaderos en donde flores exóticas eran cultivadas con la energía de un biólogo genetista que busca combinaciones improbables pero certeras. Sin embargo, su sección preferida era la dedicada a la naturaleza insólita. Ahí discurrían sus horas matinales o nocturnas, según fuera el caso, experimentando y animando a los injertos más extraordinarios a existir. Las plantas carnívoras no eran ni por asomo las más excéntricas, solo servían

de camuflaje para los curiosos familiares, escasos pero perniciosos, que iban de vez en vez a importunar-lo con sus preguntas o a insistir en comprarle algún bonsai milenario adquirido en tierras remotas para su pequeño bosque zen. La única compañía que le resultaba grata era la de un sobrino, medio casanova, que a cambio de libros de botánica antigua y de ciertas semillas exóticas introducidas al país de contrabando, le pedía flores. Eso y un pequeño recorrido por la zona de las siembras extravagantes. Al sobrino le entusiasman sobremanera los árboles zoomorfos, no faltaba a los nacimientos de los corderos vegetales e iba dos veces al mes hasta que dejaban de pastar desde el tallo en el que se prendían como niños pequeños; después de unas cinco semanas de existencia se marchitaban y morían. También le deleitaba el árbol de las ocas a pesar de que nunca las oyó graznar.

En una de sus visitas, el sobrino le preguntó si había leído el libro que le obsequió a cambio de una orquídea acuática de extraña belleza.

—Sí, mas no era una novela cuyo tema fueran las plantas.

—Lo sé, pero habla de la creación.

—Yo cuido de la naturaleza, no soy su creador. Además, una mujer eléctrica compuesta de fierros y caprichos ajenos no es real, no está viva.

—Tío, si yo te consiguiera el brote de un árbol cuyo fruto son mujeres ¿lo sembrarías y cuidarías para mí?

—¿Hablas del wak-wak? No existe, y también de él brotan seres parecidos a los varones. Yo lo he rastreado por el planeta entero. Lo más cerca que estuve fue cuando seguí los datos de un geógrafo anónimo de Almería, registrados en el siglo XII en el *Kitab al-dejaghrafiyah*, y que me condujeron a un viaje absurdo, pues nunca encontré la isla china donde florecen.

Entonces su sobrino abrió una pequeña bolsa y le mostró una planta cuyas hojas se parecían a la higuera. No había duda, él la reconoció inmediatamente, la tomó entre sus manos. Los ojos se le llenaron de lágrimas y prometió cultivarla para él. Sin embargo, tendría que esperar cinco años a que el árbol estuviera crecido para dar frutos. Decidió plantar aquella esperanza en el centro mismo de su enorme vorágine verde, dispuso la mejor orientación e instalaciones. Se abocó a su cuidado, era el principal motivo de sus jornadas y día a día le dispensaba todas las atenciones necesarias. Personalmente lo podaba, regaba y nutría con fertilizantes de alta calidad. Pasaron los cinco años y el árbol cumplió con sus expectativas. Comenzó a percibir el fruto en marzo, como estaba previsto, del que empezaron a aparecer unos pies muy finos. La emoción lo embargó sobremanera. En abril el cuerpo ya estaba formado, en mayo nació una hermosa cabeza de rostro impecable y durante junio creció hasta convertirse en una adolescente perfecta que se desprendió y cayó al suelo gritando “wak-wak”. Abrió los ojos y le dedicó una mirada pura, dulce como las flores de su invernadero.

Informó al sobrino, quien apresuró el regreso de un viaje de negocios para admirar el resultado. Una vez allí, la congoja en el rostro de su tío y su corta explicación lo derrotaron: “Murió a los pocos minutos de desprenderse del árbol”. Insistió en verla, aunque fuera muerta, él rápidamente le dijo que ella se volvió hojarasca en cuanto dejó de respirar. Ante el desasosiego del muchacho prometió intentarlo otra vez, por lo menos una se lograría; pero no podría ser hasta dentro de cinco años, pues ese era el ciclo de reproducción. Trascurrido ese lapso un varón fue el producto, mas corrió con la misma suerte que la mujer, informó el tío. Para el siguiente periodo, dos venían en camino, pero se malograron, se lo confirmó por teléfono. El sobrino, que poco a poco perdió el interés ante tanto fracaso, pereció en un accidente automovilístico sin ver jamás la anhelada cosecha. Una década más tarde falleció el tío rodeado de sus plantas y fue enterrado junto a una higuera de apariencia particular. Heredó su propiedad una pareja extraña de piel aceituna. Ahora nadie entra en el recinto, por instrucciones de los excéntricos dueños se debe conservar como un santuario, asegurando así que ahí se concentra lo mejor de la naturaleza. Por la noche, los vigilantes que custodian las entradas escuchan risas y palabras en un idioma ajeno, nadie sabe de dónde provienen, y si les preguntas solo responden: “Es la voz del paraíso”.

Microcolapsos, 2017

El otro aleph

Para Sofía Solórzano

I

Al despertarme todo cobró un sentido catastrófico. ¿Por qué un sueño podía tomar esas dimensiones, salir de mi cabeza e inundarlo todo? Había sido tan real, por eso me costó trabajo darme cuenta de que esa mujer, repleta de sí misma e inmensa, reclamando el libro, pidiéndolo a gritos, no era Matilde. Aunque tal vez sí, pues lo exigía con una necesidad absurda, reiterativa. Yo no comprendía del todo aquello, hasta que su mirada se me clavó tan adentro y vi, a través de sus ojos, ese profundo pozo ennegrecido de carencia. Entendí, como hermanado con ella, su desesperación, me percaté de que la ausencia de ese libro nos llevaría a los dos a un precipicio y después a la nada.

Sin discutirlo conmigo, ni siquiera un segundo, tomé aquel reclamo onírico como una sentencia real que amenazaba con destruirme como a ella. Me levanté de la cama y me dispuse a buscarlo en el terrible desorden de mi pequeña biblioteca. Aquí y allá busqué frenéticamente el volumen, no estaba. ¡Por Dios! ¿Dónde lo metí? ¿Qué le hice? Lo peor: ¿a quién se lo presté? Algún

día tenía que pasarme, nunca anoto a quién le presto un libro, es más, ni sé cuántos tengo por ahí perdidos engrosando los libreros de otras personas.

Pero no pude ponerme a reflexionar sobre los errores de un bibliotecario en ciernes, pues sonó el teléfono. Reconocí el número. Era el de mi exmujer, Matilde. No quise contestarle y me di cuenta de que el sueño cobraba dimensiones reales. Seguro me iba a pedir el libro, seguro después de dos años y medio de separación cayó en la cuenta de que me lo quedé yo, y no ella, que presumía de merecerlo más. Ignoré el repicar del aparato telefónico e ignoré también cuando sonó mi celular. No quería responder, no ahora sin saber el paradero del volumen.

Entonces me decidí a rastrear en mi curiosa memoria la posible ubicación del texto en cuestión. Nada. Nada aparecía en mi cabeza, era como si se hubiese fugado cualquier recuerdo concreto del libro. Sin embargo, estaba seguro de que yo lo tenía, por ahí, en algún lado, Matilde no se lo llevó al separarnos. Si bien las últimas discusiones nos dejaron a los dos como abstraídos del mundo, yo puedo casi jurar que me lo quedé... ¿Pelemos por él? ¡No lo recuerdo! Me senté sobre la cama para aclararme aquel asunto. Volvió a sonar el teléfono. No contesté, me dediqué a mirar a mi alrededor como atorado. Me sentía en una heladera, congelado, ajeno a una vida propia donde lo mío ahora se ensombrecía por un libro extraviado que Matilde reclamaba como suyo y que, en realidad, fue o era de los dos.

Y no era cosa de ir a buscar otro a la librería, nada tan fácil como eso, porque era un ejemplar con la firma de Borges, eso lo hacía único e irrepetible. Recuerdo bien cuando lo tuvimos en nuestras manos, estábamos nerviosos y con la duda prendida en la cabeza: ¿en verdad sería auténtica aquella firma diminuta y encimada que nos mostró el dueño en ese desgastado volumen? Matilde aseguró que sí, pues verificó los datos que el vendedor nos contó en aquella primera cita, cuando nos mostró el ejemplar en medio del ruido de las fichas de dominó y el humo intenso, eterna atmósfera del café Madoka. Él afirmó que consiguió la firma azarosamente cuando estuvo de viaje en Madrid y le dieron el pitazo de que Borges se hospedaba en el Palace Hotel, en la habitación 404. Aprovechó que un amigo lo entrevistaría a las 10:15 de la mañana. Entonces se coló para pedirle la firma. Nos hizo gracia la manera de contar el breve encuentro salpicándolo de analogías, de metáforas histriónicas, y lo envidié. Esa sensación la tengo muy presente aún ahora, después de tanto tiempo. Sí, deseaba haber estado yo ahí, frente a ese Borges de mirada perdida, apoyado en su bastón, hablando, recitando versos y fragmentos de memoria, mirando desde dentro de sí, volúmenes y volúmenes que se le ofrecían virtualmente en ese mundo oscuro al cual solo él podría tener acceso; porque la luz en la que nosotros circulábamos le era absurda, se había apagado para nunca encenderse. Quizás el encuentro con aquel tipo y con la historia en torno a la firma nos convenció más

sobre la posible autenticidad de la misma; y la envidia a ese hombre insignificante poseedor del libro (que seguro jamás había leído ni siquiera el ejemplar autografiado) nos llevó a hacer lo que hicimos.

¿Cómo era posible que ese sujeto de aspecto vulgar lo poseyera y fuera a venderlo por una cantidad que en ese momento nos pareció obscena? Para colmo era de la insulsa colección titulada biblioteca básica de Salvat, el tomo 91, impreso en España en 1971, bajo el nombre de *Narraciones*, vaya a saber cómo lo consiguió, pero pedía demasiado dinero por él. Ciertamente, la antología tenía los mejores cuentos y, aunque no hubiese sido así tenía uno que tanto a Matilde como a mí nos cautivaba: *El Aleph*. No nos importó que fuera un libro barato, ni que se hubiesen tirado miles de ellos con sus cubiertas a tres tonos: beige, con recuadros en amarillo y el central en naranja. No nos molestó la calidad del papel ni lo cetrino de las hojas, ni siquiera que la firma fuera tan diminuta, tan sin chiste, pues era de Borges. Además, Matilde conocía de memoria el texto y, con certeza pasmosa, afirmaba que el escritor Jorge Luis Borges se sumaba a la selecta lista de Alephs regados por el mundo, como la copa de Kai Josru o el espejo de Tarik Benzeyad; como la lanza especular del *Satyricon* de Capella o el espejo de Merlín. Sí, todos ellos con sus enormes huecos de luz por donde cabe el mundo y por donde sale el mundo. Poseedores del pasado y del futuro, de la conciencia y del destino de los hombres.

Con tanta historia alrededor del libro, claro que podría encontrarlo si en realidad lo tuviera en la casa, lo reconocería al momento en medio de todo mi tiradero mental y físico, si ahí estuviera, pero no. Definitivamente lo había prestado o Matilde lo había hurtado la última vez que vino aquí a reclamarme el dinero que le debía. Pero de ser así, ¿por qué la había soñado reclamándome el libro con tanta fuerza? ¿Por qué tenía ya varias llamadas suyas en mis teléfonos? No, no lo podía tener ella. Por otra parte, no lo presté, no creía eso, el libro era un tesoro, nació para serlo y estar resguardado, para contemplarse de vez en vez, tan eventualmente que acaba por olvidarse dónde lo hemos escondido... ¡Por Dios! ¿Y si he extraviado su paradero porque desde siempre su destino fue ser un objeto tan valioso que intrínsecamente se pierde para que otro lo encuentre? Luego me vino un pensamiento peor: ¿y si el sueño era una advertencia que se sumaba al miedo de no lograr restituirme si no daba con su paradero? El solo hecho de imaginarme tragado por ese Aleph, boca oscura, boca luminosa, centro del mundo disfrazado de objeto u hombre, me pareció terrible, sobre todo porque ese volumen de *Narraciones* lo habíamos robado.

II

El tema del robo es algo delicado. No quiero que se piense mal, pues en realidad no fue un hurto para sacar provecho monetario o algo así, sino porque nos invadió a Matilde y a

mí una necesidad malsana de poseer el libro, nos enloquecimos temporalmente. Vale decirlo, no es un argumento muy convincente, pues robar es robar, pero esta ciudad está llena de rateros. Bueno, da igual, lo robamos y punto.

La cosa fue sencilla y rápida. El hombre ni cuenta se dio. Yo no me acuerdo con exactitud en qué momento Matilde, con virtuosismo brutal —no se puede describir de otra forma—, en medio de los convidados a la subasta (sí, el hombrecito vulgar invitó a los interesados a pujar por el libro), se aproximó como una sombra nacida de todos los deseos y ¡zas!, metió el libro entre la falda y su blusón negro. ¡Nadie lo notó! Todavía pienso en ello y sudo descomunamente, ahogándome en silencio, viéndome ahí, en medio de esos seres que, con el dinero en sus bolsillos, esperaban llevarse el volumen a casa mientras Matilde iba con él rumbo al auto y yo me quedaba ahí pasando a traguitos el vino espantoso que el anfitrión nos ofreció esa noche.

Y luego pasó lo que tenía que pasar: el hombre se puso histérico cuando fue a buscar el ejemplar (que insólitamente había dejado sobre una mesa al alcance de cualquiera) y no lo encontró. Cayó en estado de *shock*, se refugió en otra habitación, su despacho, creo. Regresó a los pocos minutos, se quitó los lentes y los limpió con su guayabera impecable antes de decirnos:

—Señores, nadie puede salir de la casa. Alguien ha robado el libro. He llamado a la policía, por favor, esperen.

Tragué saliva sin contener el espanto. Nos iban a descubrir. Él me vio llegar con Matilde, sabía que estábamos deseosos de tener el libro, nos citamos dos veces para hablar de la posible venta, le regateamos casi lastimosamente... En eso estaba cuando sentí la mano de mi exesposa sobre el hombro: “Ya lo escondí, no te preocupes, tú tranquilo”. Se encontraba ahí, entre nosotros, fingiendo la misma consternación que los convidados. ¡Qué sangre fría! La misma que tuvo cuando me dijo adiós en la churrería La Bombilla. La desgraciada me citó ahí, como para confirmar que le valía madre, pues a mí ni me gustan los churros.

Nos interrogaron a cada uno por separado. Por suerte no tuve que mentir sobre dónde estaba o qué hacía en el momento de la desaparición, me dejaron ir después de algunas preguntas. Me extrañó que a Matilde también la despacharan rápidamente. Ella argumentó que estaba en el baño y no sé cómo convenció a un viejito, otro consternado comprador, de que fuera su testigo. El anciano casi juró por las perlas de la Virgen que ella estuvo ahí todo ese tiempo. Salimos los dos (muy hipócritas) tomados de la mano con una sonrisa de satisfacción intransmisible.

Hubo varios careos durante un par de semanas en la procuraduría. Al parecer éramos los principales sospechosos desde el punto de vista del dueño del libro, quien en numerosas ocasiones nos quiso poner nerviosos con sus miradas, con sus insultos e incluso nos

amenazó. Nosotros permanecimos impávidos ante sus ataques. Y de pronto, un buen día, dejaron de convocarnos a los careos y dejaron de llamarnos a la casa. Nos intrigó un poco, al principio, tanto silencio por parte de las autoridades; nos intrigó, a su vez, saber qué final tuvo todo el asunto, pero lo olvidamos y continuamos nuestras vidas.

Siendo franco, ese robo marcó el principio de una relación diferente entre Matilde y yo. Ella se creía más merecedora del libro, pues había sido la activa en el proceso de la adquisición. Me acusaba de cobarde todo el tiempo, pues yo debía haber tomado el volumen, no ella. Total, cada vez que hablábamos del suceso me recriminaba mi cobardía: “Collotas”, me decía, yo le respondía enfadado: “Pero no rata”. Así se fue deteriorando la relación ante los ojos de los amigos y familiares, que no comprendían por qué yo era un collón, y ella, una rata.

III

De entre mis conocidos solo podía ayudarme Alfredo. Aunque desde hacía tiempo no manteníamos mucho contacto, era el amigo que sabía la verdadera historia del libro y, además, vivió de cerca la caída de mi matrimonio. Por otra parte, yo era el único que lo seguía tomando en serio después de su muy sonado fracaso en el mundo de los libros. Es que, ya ni la hace,

todos esperábamos un éxito literario y nos sale con una publicación absurda y sin sentido: *Sobre la verdad y la mentira de los 01-800 atención a clientes*. Todavía recuerdo cómo antes de la presentación aseguré que sería el *hitazo* del año: “Todos, más de una vez, hemos querido saber si esos números telefónicos en el reverso de los productos de verdad funcionan. Pues yo llamé a cientos de ellos y los resultados aparecen en mi libro. Te vas a sorprender cuando lo leas.”

Compré el libro por solidaridad. No lo leí, aunque debería hacerlo, quizá hay en verdad respuestas que ni imagino. Pero en el mundo de lo práctico el libro fue un fracaso, no sé si algún lector, de esos *devorados*, lo leyó. Él afirma que recibió varias cartas de admiradores que le insistían en seguir por esa línea de escritura evidenciando el mundo del consumo.

En fin, por eso acudí a él, pues con su muy peculiar punto de vista sobre las cosas, me daría un norte sobre este sueño extraño y la desaparición del libro en cuestión. Así que nos citamos en el café Madrid. Le quedaba perfecto vernos ahí, por ese entonces visitaba las jugueterías del centro comprando material para su nuevo proyecto: la resistencia del juguete corriente *versus* el juguete fino.

—Este sí será un *hitazo*. He comenzado las investigaciones de manera sistemática y profunda. Ni te imaginas las conclusiones que han salido de todo esto. Mira, por ejemplo: estoy poniendo en oposición a nuestros

luchadores de plástico con los G.I. Joe de los gringos. Los nuestros, por supuesto, son aguantadores a más no poder. Les he arrancado piernas y brazos, por citarte una de las pruebas a las cuales he sometido a los juguetes, y los luchadores se arreglan con seguros de abuelita, se les puede coser con agujas grandes o dándoles un cerillazo que funda la parte dañada para volverlas a juntar. Por la parte gringa, nada, el plástico es tan delgado que el seguro no sirve, las agujas menos y si les echas fuego se desbaratan, una porquería de producto. Bueno, sacan mejor nota en apariencia pero... Ahora ando probando los juguetes de transporte: la hojalata *versus* el *tonka*. Luego sigue la *Barbie versus* las monas de cartón y las negritas.

—¿Todavía existen esas monas?

—Sí. Y no sabes qué aguantadoras.

Nos reímos. Luego me dio por comentarle lo estereotipado de los resultados de sus investigaciones, casi olvido un poco mi problema discutiendo su proyecto, cuando volvió a sonar el celular, era Matilde. Alfredo se me quedó mirando desconcertado, pues yo no le contesté y lo dejé sonar hasta que paró. Entonces pedí un exprés doble. Le conté rápidamente lo del sueño, lo del libro, lo del mal presentimiento, y lo peor, que no tenía ni la más remota idea del paradero del volumen. Y lo todavía más terrible: que no sabía el porqué de esa angustia de recuperar el libro a como diera lugar o si no algo horripilante iba a ocurrir, una catástrofe de dimensiones

incontrolables. Pude notar el asombro de Alfredo, algo me iba a decir, pero tuvo que socorrerme. Me entró, de repente, un ataque de nervios ahí mismo, delante de todos esos viejitos, de las señoras gordas y de los turistas despistados que van ahí buscando un trozo de cotidianidad auténtica y mexicana. Casi hago el ridículo, pues me dieron unas ganas hiperviolentas de llorar, me temblaron los labios, hice pucheros, qué le voy hacer, no lo niego, gracias al cielo que Alfredo me sacudió un hombro y me hizo entrar en mí.

—Tranquilo, hombre, por ahí debes de tener el libro.

—No, ya lo busqué muy bien, nada. A lo mejor lo tiene Matilde.

—Ella no lo tiene.

—¿Por qué tan seguro?

—Ayer la vi y estaba tan preocupada como tú. Buscándolo como loca, pues tuvo el mismo sueño, la diferencia era que en él tú le reclamabas el libro.

Me quedé mirándolo anonadado.

—Imbécil, ¿por qué no me lo habías dicho?

—Porque es ahora cuando me lo cuentas. Además, tú me preguntaste primero sobre mi nuevo proyecto.

Luego comenzó a hablar y a hablar, pero yo ya no lo oía. Me entró una desesperación que me dejó sordo, mudo. Ni me despedí de Alfredo. Salí del café con la necesidad imperiosa de llamar a Matilde y citarnos en cualquier parte.

IV

“Ah no, en la churrería no”. Nada más faltaba que nos diéramos cita donde habíamos finiquitado nuestro matrimonio, y con este calor, ¿a quién se le antojan los churros? Además, a mí, ni me gustan. Yo le propuse el Punto Prana, pero Matilde argumentó que era muy temprano para tomarnos unos tragos y oír música, así que quedamos en encontrarnos en el antiguo convento del Carmen, de ahí ya veríamos para dónde. Mientras iba para allá, pensaba que cuando hablamos no mencionó nada del sueño, ni yo; tampoco me recriminó que no atendiera sus llamadas, ni le sorprendió que aceptara vernos inmediatamente sin preguntarle para qué. Todo se dio como si ambos supiéramos la importancia de reunirnos y atacar la situación de la mejor manera para liberarnos de algo atorado en el cuerpo.

La vi aproximarse. No he de mentir, sentí el efecto elevador y un ligero sudor se me coló por la espalda. Estaba idéntica. El mismo paso tranquilo, lanzando la cabeza un poco hacia delante como queriendo que sus pensamientos llegaran antes a cualquier lugar. Me tendió la mano intentando un saludo amistoso pero distante. Yo la jalé y le di un beso en la mejilla. Se sonrojó un poco e inmediatamente sacó un cigarro de su bolsa.

—Bueno, ¿a dónde vamos?

—¿Y si caminamos nomás?

Alzó los hombros y comenzamos a caminar. La noté angustiada, y ella no era de las que se le fríen los nervios así nomás, además no quería ser la primera en hablar. Esperé. Después de unos minutos, por fin habló:

—Es el sueño, sabes, desde que lo tuve hace dos noches no estoy bien.

Me lo soltó así como si yo ya estuviera enterado de aquello. Luego continuó.

—Es como si el orden se hubiera alterado, como si algo catastrófico fuera a suceder si no localizo el volumen —me miró suplicante—. ¿Lo tienes tú? Solo quiero saber dónde está, no te lo voy a quitar.

—Matilde, qué más quisiera yo, pero no lo tengo. Yo creía que tú...

—Entonces, ¿dónde está?

—No lo sé.

—¿Nos lo robaron?

—Ladrón que roba a ladrón...

Reímos nerviosos. Le tomé la mano para consolarla y el contacto tibio de ambos gratificó un poco tanta ansiedad, tanta extrañeza.

—¿Ves?, no estaba tan zafada cuando te dije que Borges era un Aleph.

—Sigues con eso.

—No debimos robar el libro. Destituimos el orden del Aleph; él escoge con quién quiere estar, no a la inversa. Ahora seremos tragados por su oscura boca.

Lo decía tan en serio que me estremecí. Pero volviendo a recuperar el control solo atiné a decirle:

—Ya qué.

Sin darnos cuenta entramos al café Madoka, nos sentamos en una mesa que da a la calle. En esos lugares nada parece cambiar, ni los meseros, ni la gente que está jugando dominó, sonando las fichas con fuerza cuando hacen un cierre espectacular, cuando chocan las manos con su pareja después de hacer un *zapatito* a los contrincantes. Pedimos dos cafés americanos. La mesera mal encarada fue a por ellos, y mientras los esperábamos lo vi. El mismo hombre, con su guayabera impecable. Hablaba con una pareja como nosotros o... ¿acaso éramos nosotros? Estaban anonadados con el ejemplar que les mostraba. Ella era la más interesada, lo tomaba entre las manos, sonreía. El chico, nervioso, se limpiaba las manos en el pantalón, no quería y sí tomar entre sus manos aquel ejemplar. Me pareció tan familiar la escena, como un *dèjà vu* que se repite infinitamente. Matilde miraba lo mismo, absorta, quedó como clavada en la mesa sin posibilidad de moverse, con la cabeza un poco hacia delante como queriendo que sus pensamientos estuvieran ahí, poniendo en orden aquellas imágenes insólitas. ¿Esos jóvenes éramos nosotros? Quizá la imaginación nos estaba jugando una mala pasada. Yo intenté ponerme de pie e ir hasta ellos, pero Matilde me detuvo.

—No, espera.

Tomé asiento, no porque quisiera hacerle caso, sino porque en sus ojos se coló un vacío tan oscuro que me tragó de golpe. Esperamos a que la pareja se despidiera del hombre. Aterrados por la semejanza, los vimos salir. Luego, como sacando fuerzas de quién sabe dónde, agarrados de las manos (hermanados, después de habernos hecho tanto daño tiempo atrás), fuimos hasta la mesa donde el hombre estaba guardando el libro. Nos miró sin contrariarse y nos sonrió tan afable.

—¿Ya tan rápido se decidieron? Siéntense, podemos llegar a un mejor precio.

Tomamos asiento. Nos puso el libro entre las manos y sí, fuimos devorados por la boca inmensa, oscura y luminosa del Aleph que nos condenaba a compartir su reinado en el espacio infinito de las repeticiones y en su conciencia porosa.

*¿Quién despertara al final de mi sueño?
Cinco cuentos para celebrar el libro, 2007*

Viaje

Odio desplazarme. Odio el tránsito del viaje. Ese lapso para mí es insoportable, es el peor de los infiernos desde que lo recuerdo. No sé exactamente por qué. Pero una cosa es cierta: trasladarme siempre me ha causado una horrible sensación en el estómago, siempre pienso que todo va a salir mal y soy devorado por el abismo oscuro de mi panza. Así, a cada salida de casa por vacaciones, o por estudios, o por el trabajo, el peso es abrumador. Un vértigo estomacal causado por la incertidumbre me acecha constantemente. Ahora es menos, mucho menos. Déjeme contarle.

Un día, de esos abismales, mientras íbamos por la carretera rumbo al mar, mi padre me dijo —él ya había notado mis problemas severos durante los viajes: mareos, migrañas, erupciones de piel, enfermedades raras y un sin fin de etcéteras—: “¿Por qué no te distraes? No pienses en el traslado, busca algo en donde olvidar que te mueves, viaja”. Luego apretó mi mano antes de parar en una gasolinera a que vomitara. Recuerdo que bajé corriendo al baño pensando en las palabras de mi padre: “Busca algo en donde olvidar que te mueves, viaja”. Cuando entré a los sanitarios, eso lo recuerdo bien pese a mi edad, aquel lugar me pareció perfecto para olvidarme. Era repugnante, apestaba a orines y

por todas partes estaba lleno de letreros obscenos o de mensajes mal escritos dirigidos a cualquiera. Tan abotagado me resultó aquel espacio que traté de contener el malestar devorando las letras maltrechas y ennegrecidas. No sé cuánto tiempo estuve mirando esas paredes mugrientas. Comencé a tocar aquellos muros inmundos, llenos de frases de gente que pasó por ahí dejando un instante de sí mismos. Instintivamente me toqué con la mano el vientre y noté con agrado que ya no me sentía mal. Y lo mejor, no tuve que vomitar, no sudaba y no tenía angustia. Entonces me repetía para adentro: “Tengo que llevarme algo de aquí, tengo que hacerlo”. Sólo eso pensé. Y traté de arrancar alguna frase de la pared, cualquiera, pues no era una selección sino una afirmación de ese momento lo que buscaba.

Entonces me percaté de que la puerta de uno de los baños tenía un agujero y estaba golpeada, era de madera conglomerada, así que con un poco de esfuerzo puede trozar un pedazo grande. Después, ya con ese pedazo en el piso, haciendo fuerza con un pie, logré trozar la frase y... llegó mi hermana con mi madre a buscarme y armaron tremendo lío porque yo había desmantelado la puerta del baño. “Es un vándalo, tenga cuidado con él”, le dijo el dependiente a mi padre mientras pagaba el destrozo.

No me importó mucho, y nunca les confesé qué era lo que había domado mi angustia y la había sacado del estómago: el júbilo. Sí, júbilo: montones de mari-

posas, o de ñañas, o de sensaciones indescriptibles, pero conocidas por cualquiera cuando algo nos afecta de tal modo que el bajo vientre y el estómago y hasta el sexo se estremecen. Yo siento eso al ganarle la batalla a la angustia del traslado, a la incertidumbre de no saber qué hacer de mí mientras no hay otra cosa que hacer sino pensar en mí, ahí, en el centro mismo del huracán del viaje.

Pero lo peor son las grandes distancias, y en los aviones, eso es mortal. Así que aprendí a buscar entre los pasajeros a alguien en quien aligerarme. Mi más grato recuerdo en este tipo de transporte me lo proporcionó una alemana. Viajaba de regreso a México en una línea aérea holandesa. El vuelo se había retrasado más de dos horas, por más jugos y bocadillos que nos dieron no lograba controlar mi desesperación. Por fin despegamos e intenté dormir un poco. No lo conseguí; a las dos o tres horas en el aire comencé a sudar y a sentir náuseas. Necesito olvidar que me muevo, me insistí para calmarme al tiempo que buscaba dónde ubicar mi movimiento. Y ahí estaba. Una joven de unos veinte años leyendo un libro al cual le arrancaba una página al terminar de leerla y la tiraba al piso. Ya se imaginará usted cómo tenía el pasillo, las azafatas malhumoradas no paraban de limpiar. Era maravilloso ver a alguien más desesperado que yo. Volví a sentir, con tanta intensidad como la primera vez, ese júbilo traducido en montones de mariposas, o de ñañas, o de

sensaciones indescriptibles, pero conocidas por cualquiera cuando algo nos afecta de tal modo que el bajo vientre y el estómago y hasta el sexo se estremecen. Me acerqué hasta ella simulando desentumecer las piernas y pude observar su libro. Estaba en alemán, por lo cual deduje su nacionalidad. Luego le pude ver bien el rostro y las crispadas manos. El cuerpo rígido y, de vez en vez, esto era lo más fascinante, se arrancaba también mechones de pelo. Invariablemente estos iban a parar al piso, que las azafatas, tan serviciales y conscientes de la individualidad ajena en cualquier parte, recogían un poco malhumoradas pero sin decirle a ella absolutamente nada. El resto del regreso fue fenomenal, yo no dejé de seguir todas sus acciones hasta el término del viaje y, por supuesto, conservo un mechón de su pelo y unas páginas de ese libro. Hasta ahora ninguna persona ha sabido decirme a qué texto pertenecen.

Y como este tengo muchos, muchos viajes-objetos-recuerdos. Las uñas de mi madre, por ejemplo. Las obtuve durante un verano en la playa, cuando mi padre se entercó en llevarnos en lancha a nadar mar adentro. ¡Cómo se movía aquella embarcación! Odio eso, lo odio. Cuando por fin paró, mi padre y mi hermana se metieron al agua, mi madre se demoró un poco mientras se cortaba las uñas, y así, a contraluz, haciendo esto, me pareció más bella que nunca. Otra vez el júbilo traducido en montones de mariposas, o de ñañas, o de sensaciones indescriptibles, pero conocidas por

cualquiera cuando algo nos afecta de tal modo que el bajo vientre y el estómago y hasta el sexo se estremecen. Eran tan pálidas, casi podría decirse: inexistentes. Papel de uñas. Las conservo en un pastillero de plata.

¡Ah, qué recuerdo me viene ahora! Huesos de ciruela amarilla. Están dentro de una bolsa de plástico con listón rojo, son los que mi hermana fue comiendo hasta congestionarse, por mi culpa, claro, de camino a Mérida. Era tan agradable verla comer aquello, no me imaginé haberle dado tantas como para enfermarla. Su boca hacía un gesto muy sugestivo a cada mordida, luego corría el jugo por el mentón y le manchaba el vestido. Tampoco creí que mi abuela se enojaría cuando le pedí, aquella noche que viajamos en tren a la ciudad de México, los vellos del bigote que se sacó con pinzas en el camarote. Eran tantos. Y los ordenaba sobre una toallita pequeña de color azul claro, no pude resistir la tentación de tenerlos, y así poder dormir el resto del trayecto. Mi abuela era una persona formidable, me obsequió una cámara pequeña y dejó que le fotografiara los pies durante todo el recorrido que hicimos de Guadalajara a Monterrey. Tengo esas fotos en una cajita de cartón que huele a moras, porque ahí guardaba sus jabones traídos de Bélgica.

Cuando viajaba en grupos escolares o con amigos era terrible buscar maneras de anclarme en algo, pues, a cierta distancia, lo mío no parece muy sano. Eso me lo dijo una amiga, cuando se dio cuenta de que fui guar-

dando en la mochila de acampar todas las colillas de los cigarros que se fumó de camino a la montaña. Pensó que tenía una especie de fijación con ella; nada de eso. Ella fuma de una manera tan graciosa, se traga más humo del que puede exhalar, y tiene los dedos tan amarillos por la nicotina... Uno puede ver los pliegues de la piel más claramente en este tipo de dedos. Son unos paisajes curiosos, tanto como las impresiones de los labios de mi amiga, siempre pintados de morado, sobre el filtro de las colillas.

Es triste; hay tanta belleza en los detalles y casi nadie viaja a ellos. En fin, la verdad no sé bien de dónde me sale esta fobia al movimiento. Quizá de esa estúpida frase: “El que se mueve no sale en la foto”. Bromeo. Tal vez por esto de recolectar fragmentos perdí mi último empleo. Mi jefe me dijo: “Eres demasiado creativo para este puesto, debes buscar mejores expectativas, aquí te estancarás”. La realidad era otra. Yo supongo que no le agradó en absoluto ver cómo envolvía, con cuidado extremo, todas las pajitas que utilizó bebiendo refrescos de lata durante un viaje de trabajo en autobús a Querétaro. A mi última pareja también le desconcertó que fuera tan inquieto. No le pareció nada gracioso detenerse cada cincuenta kilómetros, exactamente, para que yo recogiera cualquier cosa del camino y fuera haciendo “un catálogo de impresiones sobre la carretera y sus distintas formas de aquí hasta los Estados Unidos”. Me divertí muchísimo. Ella solo dijo: “¿Por qué no puedes quedarte quieto mientras viajamos?”. Ironía, ¿no cree...?

Lo que no entienden es que es jubiloso. Voy por la vida, como verá usted, desplazándome con mis pequeños fragmentos tomados durante el tránsito de cada viaje. Servilletas llenas de rímel de magdalenas casuales, dibujos de niños que se demoran entre los crayones en cualquier transporte, cerillos, notas de consumo, botellas, cenizas, bolígrafos y lápices, palillos, huesos, cáscaras, libros, revistas, monedas, bolsas de plástico, tickets, encendedores, rastrillos, frascos de desodorante y montones más de etcéteras. La recompensa es grande pues, al ser invocados estos recuerdos, viajo, y aparece, como si fuese la primera vez, ese júbilo traducido en montones de mariposas, o de ñañas, o de sensaciones indescriptibles, pero conocidas por cualquiera cuando algo nos afecta de tal modo que el bajo vientre y el estómago y hasta el sexo se estremecen.

¿Y sabe algo?, ahora estoy seguro, mientras viajo con usted (que no ha dejado de hacer bolitas con el migajón del pan, ¿puedo conservarlas? Gracias), le decía, ahora estoy seguro: nací para hacer esto, para recolectar fragmentos de los otros aquí, ahí, allá, en cualquier parte, fragmentos en donde olvidar que me muevo sin saber que me estoy moviendo y, sobre todo, pensar que todo es un gran viaje.

Primera persona, 2013

Desintegrados

Una niebla impertinente lo había retrasado un poco. No era común que a las once de la mañana continuara esa atmosfera de bruma trasnochada, por esa razón su transporte iba lento y atropellado entre las calles. Odiaba llegar tarde y más aun sabiendo la naturaleza del encuentro que le esperaba. El cochero lo miró de reojo, seguramente no entendía su desmedida ansiedad, quizá porque le parecía un hombre cabal, seguro y un poco altivo.

—¿Puede ir más de prisa?

—Está muy húmedo el camino, no quiero causar un accidente.

El argumento no admitía discusión, y resignado a la lentitud del viaje volvió a acomodarse en el asiento pensativo. ¿Por qué Malone lo había llamado a él, precisamente a él? Debió rechazar la entrevista, pero un buen desafío no se puede eludir. Si bien le resultaba bastante incómodo el asunto, a esas alturas de su vida un reto podría tonificarle; además apeló a su sentido práctico y decidió dejarse llevar. De cualquier forma él siempre va salvaguardado: sabe leer casi todas las señales que arroja el mundo, sabe que el azar no es el culpable de nada sino la falta de observación. Sí, en los detalles está la clave para develar los acontecimientos y sus cosas.

El coche se detuvo justo frente a la casa donde se había concertado la cita. Le pareció algo austera, mas no carente de cierto aire señorial, muy propia de Enmore Gardens. Pagó, y antes de llamar a la puerta evaluó la personalidad de la fachada. Le gusta observar bien los lugares donde se reúne con un cliente, jamás se debe entrar en el laberinto de ningún acertijo sin determinar la personalidad de quien lo convoca. Miró su reloj, cinco minutos de retraso no son causa de alarma para nadie, ni siquiera para él. Antes de acercarse a la puerta notó que desde el segundo piso de la propiedad alguien lo observaba furtivamente. Quiso indagar más en ello, sin embargo recordó su demora. Tocó la campanilla e inmediatamente le abrió Edward Malone con aire nervioso.

—Míster Holmes, pase, por favor.

Una vez dentro se desembarazó de la gabardina y echó un vistazo al vestíbulo, era muy pequeño; su anfitrión lo condujo a la parte superior de la casa donde una chimenea encendida lo recibía cálidamente. Observó, como es su costumbre, el salón y percibió un aroma peculiar, quizá debido a una taza de té a medio terminar y un puro que aún humeaba en el cenicero, ambos fueron retirados de inmediato por Malone mientras le pedía tomar asiento muy cerca del fuego. Holmes lo agradeció. Después de la caída en las cataratas Reichenbach sus huesos habían quedado débiles, muy susceptibles a las corrientes

de aire, al inclemente frío londinense siempre acompañado de esa fina lluvia que inunda de humedad cualquier desgastada vida.

—¿Puedo ofrecerle un té para entrar en calor? Hoy hace frío.

—Si usted me acompaña.

—Elisa, trae té para nuestro invitado y para mí —después se acomodó frente a la chimenea y comenzó a explicarle su zozobra.— Lleva dos días desaparecido. Como le expliqué no es propio de él hacer eso, suele ser impredecible pero nunca preocuparía a un amigo, además quedamos para comer en el club de la asociación de paleontólogos.

—A los cuales detesta.

—Ya lo conoce, se pone de un humor terrible cuando algún científico hace declaraciones pueriles sobre dinosaurios y esas cosas que él ama con pasión. Ciertamente no tiene muchos amigos.

—Por lo menos no ha vuelto a inmiscuirse en asuntos de ectoplasmas.

—¿Se enteró?

—Es difícil no estar al tanto de las aventuras del más engreído científico del país.

Malone iba a comentar algo pero el ama de llaves llegó con el té. Lo dejó sobre la mesita y se retiró.

—Lo sigue juzgando muy duramente.

—Lo conozco.

—Poco se han visto.

—Digamos que el profesor Challenger y yo procedemos de la misma manufactura. Los dos nos dedicamos a deducir, a comprobar. Nos une, a pesar de nuestras diferencias, una pasión por descubrir la verdad a cualquier precio.

Edward se levantó para servir el té.

—¿Puedo fumar?

—Por favor, siéntase como en su casa, aquí se fuma tabaco fuerte, a nadie molesta.

Holmes palpó sus bolsillos buscando algo.

—Disculpe, he olvidado mi tabaco —Malone le ofreció un cigarrillo que sacó de la pitillera que guardada en su chaleco. El detective tomó uno, que rápidamente Edward encendió, y prosiguió—. Sería inútil preguntar si él tenía enemigos; más de la mitad de la gente estúpida lo odia, el resto lo repudia por su manera poco sutil de señalar que están equivocados. Solo dígame qué hacía y dónde lo vio la última vez —antes de beber su té respiró su aroma mientras esperaba la respuesta de su anfitrión:

—Precisamente aquí. Esta es la casa del Profesor Challenger —Holmes volvió a beber un poco de té y sin decir nada dejó al periodista, amigo íntimo del desaparecido, continuar—. Hablamos de hacer una nota para *La Gaceta*, el periódico donde trabajo, acerca de una máquina desintegradora.

—Ah, sobre eso oí algo. Y dígame —con cierto aire burlón—, nuestro querido científico sigue ocupándo-

se, por lo que escucho, de asuntos de orden paranormal. No entiendo cómo con su tan afamada reputación se ocupa de esos temas.

—Para desestimarlos, míster Holmes. Mientras usted se ocupa de las fechorías terrenales, él se dedica a resolver posibles crímenes inexplicables.

—Todo tiene una explicación, mi querido Malone, hasta los que se cometen en otros planos de la realidad —se levantó abruptamente—. Me gustaría inspeccionar algunos lugares de la casa.

Malone asintió y lo condujo hasta el despacho del profesor. Holmes se paseó con algo de indiferencia por el lugar. Se detuvo un poco a revisar algunos manuscritos del ilustre profesor, tomó uno de los papeles y lo leyó sin mucho interés. Acercó la nariz a la hoja y volvió a dejarla en su lugar, al hacerlo vio sobre el escritorio algunos vellos gruesos y muy negros, en el piso, cerca de la silla había más. Pasó sus dedos por la superficie de la mesa de trabajo de manera casual y se aproximó a la ventana, descorrió la cortina para ver la calle; la mañana brumosa se despejaba asomando unos tímidos rayos solares. Unos segundos después volvió a inspeccionar la habitación, a un costado de uno de los imponentes libreros de cedro labrados con caprichosas formas una puerta entreabierta captó su atención. De ahí se desprendía una ligera corriente de aire. Se acercó hasta ella.

—¿A dónde lleva?

—A ningún lado, es un armario.

El detective la abrió para descubrir que efectivamente era un tipo de clóset lleno de cosas muy propias de Challenger: una escopeta, varios tipos de abrigos y gabardinas, binoculares, bastones para caminatas largas, bolsas para acampar, mapas y botas. Observó aquello con un aire despectivo y se internó en el armario para dar unos golpecitos a las paredes.

—¿No siente usted una corriente de aire?

—No.

—Curioso, yo sí. Después de mi caída en las cataratas quedé con los huesos muy sensibles, a veces tengo la impresión de tener toda mi estructura ósea humedecida...

—Se rumorea que en realidad nunca se precipitó en ella...

—Se dicen muchas cosas.

Holmes cerró la puerta y volvió al salón junto a la chimenea. Se sentó y terminó de beber el té. Después preguntó:

—¿Tiene alguna teoría sobre la desaparición?

—Los rusos, míster Holmes. Creo que ellos deben tenerlo secuestrado.

—Ahora está secuestrado, no desaparecido ¿Qué podrían querer esos comunistas con trajes de burgueses de un científico amigo de médiums?

—Saber el paradero de Teodoro Nemor.

—¿El inventor de esa máquina desintegradora que se esfumó junto con ella? Por favor, eso era una estafa. El

cuerpo policial de Scotland Yard cerró el caso. Se comenta que fue un fiasco, ese artefacto era un fraude, como su creador.

—Y usted, ¿les cree?

—No, suelen ser poco eficaces, pero tampoco creo en la posible existencia de un aparato que desintegra objetos y los reintegra en otro lugar. Imagínese las implicaciones políticas, sociales y económicas que eso tendría.

—Y si le dijera que existe.

—Tendría que verla con mis propios ojos.

—Podemos discutirlo mientras almorzamos.

Después de almorzar algo ligero que preparó el ama de llaves del profesor Challenger, y conversar sobre la desaparición del mismo, pasaron a hablar de la política local y la internacional, quizá para despejarse un poco del asunto. Discutieron sobre el carácter conservador del inglés y de sus primos más toscos, los americanos del norte, y dejaron claras sus posturas encontradas. Malone aseguraba, posiblemente bajo las fornidas y musculosas ideas de su amigo y mentor Challenger, que los Estados Unidos dominarían el mundo comercial y harían de este una tienda.

—No nos extrañe, míster Holmes, que lleguen a tener por presidente a un actor de Hollywood o a un

empresario loco que venda lo que sea y se lo compren dentro o fuera de su territorio.

—En eso estoy de acuerdo con usted. Ofrecer deseos o ilusiones como convicciones ha ocasionado grandes catástrofes.

Truncaron la animada conversación y no tuvieron tiempo de beber un digestivo ni fumar un poco porque ya estaba esperándoles el coche que los dejaría en la estación para tomar a tiempo el ferrocarril subterráneo que les llevaría a White Friar Madison, en Hampstead.

—Con suerte y regresaremos antes del té de las cinco. Si mi intuición no me falla, ya le tendré razones del paradero de su temperamental amigo.

Durante el trayecto en el tren guardaron sus impresiones, no compartieron nada más que los datos ofrecidos por Malone durante la entrevista e inspección del estudio del científico así como algunas cosas aisladas sobre el posible caso de la desaparición del mismo. Holmes sonreía de vez en vez evitando que el ayudante del profesor lo notara. Su consabida figura de inglés flemático le impedía soltar una carcajada profunda al imaginar a Challenger desintegrado, tal como lo había narrado Malone durante el almuerzo, y vuelto a integrar sin su poderosa cabellera y barba negra. La cara que debió poner ese robusto hombre de ojos grises al verse tal como se lo había descrito el periodista: *Su voluminosa cabeza estaba tan pelada como la de un bebé, y sus mandíbulas tan lisas como las mejillas de una doncella.*

La parte inferior de su rostro, despojada de su magnífica barba, dejaba ver una papada voluminosa y ofrecía el contorno de un jamón.

En Hampstead, sin dilatar minutos, se dirigieron al piso del inventor con la esperanza de que el portero les permitiera entrar. Una vez en el lugar el detective observó con detalle la calle, el edificio. Le llamó la atención un grupo de hombres que fumaban en una de las esquinas a esa hora bajo una persistente llovizna fina. Sin darle más importancia se dirigió a la entrada, habló con el portero, lo interrogó sobre el inquilino y también sobre los acontecimientos de los últimos días en torno al edificio. El hombre, que no paró de frotarse las manos, contó casi de manera mecánica cómo la policía, tras la denuncia anónima de la posible desaparición de Nemor, acudió a registrar el domicilio. Sin encontrar nada de relevancia procedieron a retirarse, pero recibieron otra nota anónima exhortándolos a vigilar el lugar por si espías, de nacionalidad no especificada pero con ideas subversivas al gran reino, pudieran estar tramando algún acto de terrorismo ahí mismo. Un mes montaron guardia hasta que, sin tener noticias del desaparecido y asumiendo que Teodoro estaba coludido por fuerzas oscuras de intenciones perversas, tal como se sugería en una tercera nota anónima, confiscaron todas sus pertenencias que ahora descansaban en un garaje ubicado en la periferia de Londres hasta ser reclamadas.

—¿Cómo?, ¿se han llevado todo?

La sorpresa de Malone desconcertó a Sherlock.

—Sí, menos un artefacto muy pesado que supusieron era una caldera antigua que Nemor estaba reparando—. Dicho esto, el portero no supo dar más razones salvo que la policía decidió guardarla en el sótano por el alto costo que implicaba su traslado. La desmantelaron para manipular mejor ese armatoste y ahora descansa el sueño de los fierros viejos.

—¿Cómo?, ¿la han desarmado?

Holmes se desconcertó de nuevo al ver el genuino asombro de su acompañante mientras se dirigían al sótano a verificar si efectivamente se trataba de “La máquina desintegradora Nemor” o de una abigarrada invención de su creador para sacar dinero haciendo pasar un calentador por una arma potencial.

—Le juro por mi vida, Holmes, que esa máquina es auténtica. Yo vi cómo desapareció el profesor Challenger y cómo este hizo desaparecer a Nemor después.

Sherlock se detuvo de improviso y fijó su dura e inquisidora mirada en el periodista:

—Así que hay dos desapariciones en vez de una.

Malone se turbó y no encontró dónde esconder la indiscreción que había cometido. Sin opción narró rápidamente cómo el científico, que había salido bien librado de mundos perdidos, de combates contra dinosaurios, así como salvado del mundo de la furia de los ectoplasmas decidió para bien de la humanidad desin-

tegrar a un inventor mezquino. Un hombre dispuesto a vender, al mejor postor, una máquina siniestra que, como mínimo, podía disolver batallones de soldados para volverlos a restituir en cualquier parte del mundo. El profesor argumentó y citó al periodista sus palabras textuales: *El primero de los deberes que incumben al ciudadano respetuoso de las leyes es impedir el asesinato.*

—En eso estoy totalmente de acuerdo—, enfatizó mientras se limpiaba los zapatos enlodados al pisar apenas el suelo del sótano que resultó ser, además de húmedo, fangoso, debido a una filtración de agua proveniente de una tubería.

Encendieron un par de bombillas de luz escuálidas y descubrieron al fondo, cubiertos someramente por sábanas sucias, los pedazos de la loca invención. Holmes, antes de escudriñar el objeto, notó varias pisadas alrededor del artefacto. Malone, por su parte, reconoció algunos fragmentos de la máquina.

—Sí, es la que buscamos.

Ante la confirmación, el detective procedió a observar la disposición de las partes. Mentalmente intentó reconstruirla al tiempo que escuchaba lamentarse a Edward:

—Debe entender que en su momento no supimos cómo regresarlo, y para no empeorar las cosas decidimos desistir una vez hecha la desintegración. Había tantos números y combinatorias complejas que optamos por dejar la manivela en el número tres, fue en ese

momento que Nemor desapareció. Imagine, además, nuestro dilema: no podíamos permitir que un hombre o un país decidiera desintegrar a su antojo: pueblos, etnias, lugares, ideas, libertades, privacidad, derechos..., solo para engrandecer un puñado de intereses económicos, alimentando el miedo y sembrando el terror. Sin embargo, en el fondo pensamos que después de darle un escarmiento a Teodoro, el profesor Challenger intentaría traerlo de vuelta... ahora será imposible.

Sherlock sostenía en su mano un pedazo de la máquina con una manivela que efectivamente señalaba como última posición el número tres.

—Lo hecho, hecho está. Lamentarse no lleva a nada, mi querido Malone. Creo que aquí no hay nada que hacer. Volvamos, me gustaría tomar otro buen té o quizás un whisky, mis huesos lo demandan para entrar en calor. Creo posible darle algunas coordenadas del paradero de su amigo y mentor.

Al salir los esperaba el portero, se le notaba inquieto. Holmes le entregó las bombillas y categóricamente afirmó, como si fuera un buen plomero, que efectivamente lo que guardaba ese sótano era una caldera inservible. El hombre suspiró aliviado para agregar.

—Mi patrón estará muy satisfecho. Quiere tirar esos fierros, el sótano necesita reparaciones.

Antes de dirigirse a la estación de tren a Sherlock le apeteció fumarse un cigarrillo y le pidió uno a Edward.

—Disculpe, ya sabe, he olvidado mi tabaco.

—Y yo mis cerillos, con la prisa debí dejarlos sobre la mesa.

—Acompáñeme a pedirle fuego a esos hombres de la esquina que vi fumando hace rato.

Se aproximaron a ellos. El detective les solicitó que amablemente encendieran su cigarro y estos, sin decir nada, lo hicieron. Intercambió con ellos algunas palabras sobre el tiempo inusual de ese día, sobre sus huesos húmedos que no se calentaban con nada. Le sonrieron corteses y se alejaron en dirección opuesta a la de ellos.

La noche llegó atropelladamente; un par de retrasos en el tren impidieron que el prometido té fuera oportuno a esas horas, así que Elisa les llevó un buen whisky y acercó dos copas.

—Que sean tres, por favor —ordenó Holmes.

—El ama de llaves, Elisa, no bebe. Creo que es inapropiado que se lo pida —reaccionó molesto Malone ante tan extraña solicitud.

—No es para ella, es para mí —la voz poderosa, como un rugido, de Challenger hizo cimbrar el cristal de la tercera copa al chocar con las otras en el momento que era depositada por la mujer en la mesa.

—Profesor, usted aquí —fingiendo sorpresa.

—No hace falta seguir la farsa, Edward. Sherlock, antes de partir con usted, ya sabía que no estaba desaparecido.

—Pero, ¿cómo?

—Para ser un reportero se asombra mucho y deduce poco —acotó Holmes mientras se servía un whisky y ofrecía otro a su colega.

Challenger lo bebió de golpe, se sirvió uno más dejando desplomar su musculoso y gigantesco cuerpo sobre el sillón que antes ocupara su ayudante.

—Fue por la corriente de aire, ¿verdad? Descubrió la puerta secreta de mi estudio.

—Mucho antes, mi querido George. Lo delató el té verde aún humeando con fuerte aroma a jengibre, y el puro. Aunque al principio no estaba del todo seguro hasta que le pedí a Edward que me ofreciera tabaco y él me dio un cigarrillo. Elisa, por su parte, sirvió té negro con ligero toque de lavanda, algo bastante impersonal, del tipo que se ofrecen a las visitas. Pero para confirmar mi suposición pedí ver su estudio. Entonces comprendí que el que me observó desde el segundo piso era usted y no Malone, él abrió demasiado pronto la puerta, no pudo desplazarse tan rápido sin haberse fatigado algo. Después mencionó que su desaparición databa de más de dos días, y cuando revisé sus papeles de trabajo percibí la tinta fresca. Lo que acabó de convencerme —lo dijo intentando guardarse una sonrisa burlona— fueron los vellos negros y gruesos regados por todas partes contrastando con la pulcritud de la habitación. Mi querido George, pelecha como un gorila. La corriente de aire, bueno, era mínima, eso fue una cosa del azar por-

que mis huesos ahora tan sensibles lo resienten todo, en realidad en otro tiempo no lo hubiese notado.

—Soy un pésimo delincuente —se lamentó Challenger terminando su segunda copa de whisky.

—No lo es, sino que por el contrario, y a pesar de su malhumorado carácter, es una buena persona que carga con absurdos remordimientos.

—Por qué dice eso, mister Holmes.

—Edward, eres tan cándido como Watson. Nuestro profesor quería en realidad que investigara la desaparición de Nemor, que ahora sé que fue a causa suya. Y como yo jamás hubiera aceptado ayudarlo por la naturaleza inverosímil del asunto: una máquina desintegradora de moléculas como arma asesina, creada por un científico sin escrúpulos, tenía que tentarme con su “secuestro”.

Terminó su whisky y Challenger le sirvió otro al tiempo que agregó:

—No es una invención. Yo soy más que testigo de ello. Lo vieron mis ojos, lo experimentó mi cuerpo.

—Uno ve y percibe lo que quiere. Ese Nemor debió, o debe ser, un excelente prestidigitador. Según me ha explicado, Malone los hizo esperar media hora o más en su antesala, ¿les ofreció algo de beber su sirvienta?

—Sí, una infusión de hierbas muy sabrosa, por cierto.

—Tiempo suficiente para que cualquier alucinógeno haga efecto y actúe en el cerebro de manera eficaz. Me extraña, Challenger, que usted que se dedica a esto

de lo inexplicable no sepa cuantas pócimas poderosas existen para extraviar los sentidos, y que bien empleadas pueden facilitar la sugestión. Nemor los sugestionó, vieron lo que querían ver. Dígame, George, ¿se vio al espejo sin barba, sin pelo?

—No.

Sonrió con malicia.

—Fue porque nunca lo perdió. Nemor sugestionó a Malone para que creyera que así lucía.

—Pero yo desintegré a ese maleante.

—No, creyó que lo había hecho. Seguramente aprovechó la ocasión para escapar, sabía que tarde o temprano iba a descubrir el truco de tan imposible, por ahora, invención.

Edward, confundido, comentó:

—Los rusos salieron convencidos. Iban felices.

—Sí, y seguro le dieron un jugoso adelanto al estafador.

—Nos dijo que no, que estaba esperando la oferta del gobierno inglés.

—Que nunca llegaría porque era una estafa. Así que tus notas anónimas profesor no sirvieron de mucho o de nada. Los rusos habrían regresado por la noche y sin encontrar a Teodoro debieron montar en cólera. En algún momento, y tras despertar del sicotrópico que les dio también a ellos no quedaron del todo convencidos de las garantías ofrecidas por el inventor. De estar seguros de que la máquina era genuina se la habrían llevado

y con el tiempo habrían aprendido a usarla, pero la dejaron ahí enmoheciéndose en un viejo sótano.

Challenger golpeó la mesa con fuerza:

—Entonces, ese pillo está suelto.

Malone acongojado agregó:

—Y yo que pensé que los hombres de la esquina a los que pidió fuego eran rusos que vigilaban la calle de Nemor esperando el momento de reclamar su máquina. Mister Holmes, creí que los había desenmascarado.

—No se desaliente, Edward, yo supuse lo mismo, pero sus ropas me parecieron demasiado rústicas, seguro eran obreros esperando a su patrón para devengar su paga. Así que no hay más misterio. Queridos amigos, pueden desintegrar sus culpas o colgarlas en el perchero. Ahora, si me permiten, quisiera pedir un coche y volver a casa.

—¿No se queda a cenar? Me gustaría agradecerle...

Rechazó el ofrecimiento con amabilidad y se despidieron con la promesa de verse en corto tiempo para conversar sobre cosas ajenas a los intereses de ambos. Holmes no se imaginaba departiendo con Challenger, aunque debía admitir que admiraba a ese férreo hombre de ciencia, cazador de verdades potencialmente verosímiles en el mundo de lo paranormal. Por ello, quizá, cuando llegó el coche pidió que lo llevara de nuevo a White Friar Mansion. Se estacionaron a unos metros del edificio de Teodoro Nemor y pudo observar a un grupo de hombres subiendo a un ca-

mió las partes de la máquina desintegradora. Sonrió para sí, Malone debió argumentar con más fuerza su corazonada, pero una intuición no sirve sin pruebas. El joven periodista nunca se percató de que la caja de cerrillos con los que encendieron el cigarrillo era rusa y el lodo de los zapatos de esos sujetos era el mismo que había en el sótano. Edward esperaba que la voz los delatara o la vestimenta de comunistas disfrazados de burgueses. La verdad no siempre está en los ojos sino en los zapatos. Por otra parte tampoco reparó en que las sábanas que cubrían los pedazos del artefacto no tenían mucho polvo y había huellas de pisadas, que no eran las suyas, por todas partes. Ni siquiera notó cómo el portero contó estrictamente lo necesario, como si fuera una historia ensayada; además, estaba nervioso y miraba con insistencia el pórtico del edificio. Suspiró, no había que demorarse más vigilando la escena y ordenó al conductor llevarlo a casa.

De camino, y acompañado por la insistente bruma, pensó que hay misterios que no valen la pena revelarse. Que si Teodoro Nemor era un estafador o una mente brillante, ¿qué importa si de verdad esa máquina desintegraba y reintegraba cualquier cosa? Iban a usarla para los peores fines. A males mayores acciones extremas. Challenger hizo su parte librándonos de un mezquino sin escrúpulos, él hizo la suya liberándolo de remordimientos, de posibles culpas. Sacó de su gabardina la manivela y el contador inmutable seguía indicando el

número tres. Supuso, mientras fijaba su mirada en el objeto, que poseer una parte de esa maquinaria tal vez era suficiente para que no lograra funcionar jamás, por si acaso aquello de las desintegraciones fuera posible. La humedad de sus huesos lo sabía, como esa neblina persistente: ya no bastaba que su vida se rigiera solo por una virtud pragmática, después de haber sobrevivido a la caída de ser él mismo el futuro del mundo ya no le parecía tan elemental.

Elemental, mi querido Holmes, 2017

Un buscador familiar

Siempre caminó animosamente entre los puestos del baratillo. Con sus ojos bajo los lentes de sol intentaba disimular su entusiasmo cuando caía de cuclillas para mirar fotografías perdidas.

—¡Qué casualidad! Tiene usted la foto de mi bisabuela y está junto a sus dos hermanas Lola y Jacinta. ¿Cuánto cuestan?

Y el señor del puesto del baratillo lo miró con curiosidad y morbo:

—¿Seguro que son sus parientes?

Preguntó burlón mientras recogía las fotografías para dárselas a Adolfo que sin consternarse volvió a preguntar:

—¿Cuánto por las tres?

—Deme veinte pesos.

Sacó unas monedas y pagó las fotografías. Después, con una profunda satisfacción, se alejó del barullo de aquel lugar y fue directo a su casa para buscar su álbum y pegar las nuevas fotos. Lo sacó de un cajón que no guardaba nada más que sus recuerdos. Al abrirlo se manifestaba su historia, porque ahí estaban sus familiares adquiridos: viejos tíos marinos, cansadas primas lejanas, ricos cuñados de tías bisabuelas, con los cuales se había perdido el contacto desde hacía muchas gene-

raciones. Amantes del abuelo de su padre, hermanas bastardas del padre del abuelo con niños que seguro también eran parientes. Todo un árbol genealógico que iba en aumento, pues todos los domingos, después de su caminata por el baratillo, alguien más se incluía en el álbum. Álbum negro cargado de muertos y recuerdos casi suyos, casi ajenos.

A él le gusta rodearse de parientes importantes, llenos de gracia, de ingenio, porque él quiere reconocerse así, solo así. Ya no podrán decirle nada aquellos viejos compañeros de escuela, aquellas antiguas figuras que le dijeron que él no tenía a nadie. Luego venían los golpes y él caía al suelo mientras los desmentía con el rostro pegado a las celosías, sin poderse levantar porque un enorme pie le apretaba la mejilla con fuerza y lo confinaba al suelo.

Adolfo se sacudió aquellas imágenes muertas y sonrió, pues había encontrado a su bisabuela. Antes tuvo otra, pero a esa la quemó, pues no le resultaba tan bonita como la recién aparecida. La primera fue una distracción, un tropiezo, culpa de una emoción impaciente cuando ve y no observa bien las fotos. A la desafortunada impostora la confundió, la tomó equivocadamente entre aquel montón de retratos. Pero ya el pequeño error se ha disuelto, su verdadera bisabuela materna descansa junto a su esposo, un bigotón revolucionario de alguna parte del mundo, nuevo o viejo, lejano o cercano.

A él le gusta pasar horas y horas meditando sobre las imágenes pegadas en su álbum. Están ahí, viejas, húmedas y algo raídas, pero están, siempre están. Puede hablarles, sonreírles y gritarles. Puede. Su angustia se disipa lentamente cuando mira a Mariana, la tía abuela de su madre. O cuando habla con William, el profesor inglés, amigo y primo político del hermano del bisabuelo Rafael. Y así pasan sus días, entre la rutina del trabajo y la búsqueda familiar. Cerró su historia con pastas negras, encendió un cigarro y reflexionó sobre su familia. De su pasado tiene ya a todos sus parientes, pero su presente inmediato es vacío, sórdido vacío.

—Quizá ya debo de buscar a mi familia cercana.

Pensó.

Porque necesita buscar a los abuelos, a sus padres, a sus tíos, a sus hermanos. Había postergado un poco el encuentro, pues aún no terminaba de conocer las historias de su familia vieja, de sus antecesores. Quizá también porque sabe que resulta más difícil localizar a una buena madre, a un padre digno, a unos hermanos honestos y agradables, a sus tíos y primos, no puede ir al baratillo y comprarlos, ahí no están. Debe salir a la calle y buscarlos. Debe incluirse en las fotos. Debe elegir con cuidado. Debe estudiar a cada uno de los que formarán parte del álbum negro. Es una tarea ardua, pero Adolfo se intuyó como un buen cazador por un poder otorgado gracias al conocimiento tan a fondo de su vieja familia: no puede equivocarse en las futuras elecciones. Ya es tiempo de

terminar de buscar. Ya es tiempo de que él compre una cámara y salga a capturar la imagen de su familia.

Las búsquedas nos dan la satisfacción de los encuentros y, así, él encontró a su padre. Un abogado cincuentón que nunca faltaba a su despacho. El traje impecable, la cabeza en alto, los clientes satisfechos, las manos grandes. Y lo eligió porque era bueno, porque hablaba fuerte, porque quería a su familia verdadera y aparecía con ella en las fotos. No era de esos que solo tienen a los hijos ahí, como frías postales. O a la mujer cuando podía lucirse con dignidad. No, él era un apasionado de todos los años junto a su familia, eso lo conmovió, eso lo inclinó a tomarlo a él y no al dueño de una agencia de automóviles. Durante varias semanas lo siguió de un lado a otro y lo retrató en distintas acciones. Después lo contrató para una asesoría legal sobre un terreno ficticio que iba a heredar de una abuela inventada, aún sin imagen, por supuesto.

Adolfo, con la audacia que dan los años de un buscador familiar, le preguntó si podrían tomarse una fotografía juntos, pues su abuela desconfiaba de aquellos a quienes no les conoce la cara. El abogado accedió a tan extraña petición. Adolfo puso en automático la cámara y corrió a abrazar sin mucho entusiasmo, para no crear sospechas, a su padre. El *flash* los bañó a los dos con una luz casi familiar.

El encuentro con su madre fue menos afortunado. Adolfo la encontró en una licorería comprando

una botella de ron. Sospechó que su madre andaba con problemas de bebida y eso no le gustó nada. Pero le cautivó el color de sus ojos y la forma de sus labios y decidió ayudarla. Pero ella pensó que Adolfo era de esos muchachitos que se dedican a atrapar a mujeres cuarentonas buscadoras de carne joven y vida propia. Se veían dos veces por semana en el parque para hablar de tonterías, pues a Adolfo no le interesaba saber nada de su otra vida, ni de los problemas con su verdadero esposo. Él ya le tenía uno mejor en espera, allá en el álbum negro. Tres o cuatro semanas fueron suficientes para reunir el material. Fotos bonitas. Fotos casuales de su madre y, por supuesto, de él junto a ella, dándole un beso en la mejilla. Esa fotografía le gustaba bastante, pues fue un momento tan amoroso, tan afectivo e íntimo. Dejó de ver a su madre, pues ya no le interesaba la realidad de su vida, sino la ficción de la próxima.

A sus abuelos paternos los localizó en un cafecito del centro de la ciudad. Adolfo cayó fascinado por la dulzura con la cual cada uno se buscaba las manos para sentir compañía. Definitivamente aquellos ancianos eran sus abuelos. Así pues tomó las fotos de rigor y él, en esta ocasión, no quiso incluirse en la escena. Él los quería de esa manera, solos y solo para él.

La abuela paterna le preguntó la hora en un almacén. Era tan educada, tan elegante y ese pelo color zanahoria le hechizó. La acompañó a hacer sus compras con el pretexto de que era idéntica a la mamá de su papá. La anciana,

con algo de desconfianza, se dejó acompañar. No hubo más remedio, por más resistencia que puso no pudo convencer a Adolfo; insistió tanto que fueron a una cabina y se tomaron unas fotos juntos. Esto último aterrizó a la anciana, pues no veía la hora de abandonar a ese jovencito tan entusiasta de su persona. Por fin, a lo lejos, vio a su hija quien agitaba su mano llamándola. Adolfo observó cómo desapareció entre la gente. Sintió un poco de desolación, pero logró sobreponerse, pues su álbum negro lo esperaba, y ahí estaría su madre y su padre, sus otros abuelos, para consolarlo. Regresó a la cabina de fotografías a recoger los impresos y se percató de que la anciana había olvidado el bolso. Lo tomó. Se fue directo a casa.

Una vez ahí vació todo el contenido sobre la cama. Con cuidado examinó aquello: pañuelos de papel, cosméticos, notas de tintorería y de compras, un cepillo para el pelo, un perfume y la cartera. Abrió esta última y con asombro salieron a su encuentro fotos de niños —seguro sus nietos—, de unas mujeres —hijas suyas, supongamos—, y una que lo cautivó en extremo: era el esposo de ella. Sí, ese de ahí era su abuelo. La sacó de la cartera y la colocó en su álbum junto a su nueva abuela. Lo demás lo acomodó con mucho cuidado en el bolso, lo regresaría, solo por la curiosidad de conocer al abuelo en persona.

Al día siguiente y después de salir del trabajo se fue sin pensarlo mucho a la casa de la anciana pelo de zanahoria. Con una emoción contenida tocó el timbre. Apareció una señora con mandil:

—¿Qué quiere?

Adolfo pensó en la idea descabellada de decirle “soy el nieto de la señora de pelo color zanahoria”, pero se contuvo y solo agregó:

—La señora olvidó este bolso en el almacén y quiero dárselo... personalmente.

La sirvienta lo miró con recelo, pero lo dejó pasar solo hasta el jardín. Después regresó y le dijo:

—La señora no está, pero deme la bolsa.

—¿El señor tampoco?

—El señor murió hace dos años.

Cuando escuchó esto no pudo contener unas lágrimas que cayeron sin remedio por su cara. La sirvienta con mucha consternación no supo qué hacer y simplemente lo echó de la casa. Adolfo, sin poder contener el llanto por la muerte del abuelo, caminó sin rumbo durante más de dos horas. Después fue a casa. Al día siguiente avisó al trabajo que estaba de duelo. Se pasó toda la mañana mirando la foto de su abuelo, no podía recuperarse de la pérdida, era el pariente que Adolfo más quería, el confidente, su modelo de niño y quién sabe cuántas fantasías más cruzaron su entristecida mente.

Una semana más tarde, un poco restablecido ya de la muerte del abuelo, empezó a meditar sobre el futuro y se dio cuenta de que todos iban a morir algún día. Él debía ser menos sensible e ir acostumbrándose a ello. Pasar más tiempo con la familia, la del álbum negro, eso era lo mejor.

Volvió al trabajo más conversador. Iba a alguna que otra fiesta donde ya no hablaba únicamente de los viejos parientes, sino que incluyó a su madre y a su padre, a sus abuelos e inventó —bajo el efecto del alcohol— que tenía cuatro hermanos, tres hombres y una mujer. Total, ya los buscaría. Todos le decían que era un tipo afortunado por tener un ambiente familiar tan agradable. E incluso alguna que otra secretaria insistía en ver la foto de su mamá, pues por ahí alguien les dijo que era muy guapa. Adolfo lleno de satisfacción sacaba una foto de la cartera y la mostraba con el orgullo de un hijo verdadero.

—Adolfo, qué bonita es tu mamá ¿tienes alguna de cuando era joven?

Entró en un sofoco mental terrible. No tenía fotos de su madre cuando era joven, ni de su padre, ni de los abuelos y debía tenerlas. Abandonó la fiesta con el corazón estrecho y la respiración sofocada. Pasó dos noches sin dormir, revolviéndose en los pensamientos, buscando salidas y no las había. Decidió conseguir las fotos de su familia lo más pronto posible, primero las de su madre, pues era la más solicitada en las reuniones. Afortunadamente tenía la dirección de la casa, ella se la había dado hace tiempo cuando quedó de llevarle copias de las fotos que se tomaron juntos, cosa que nunca hizo.

Durante varios días observó el lugar donde habitaba su madre. Anotó los horarios de entrada y salida de sus ocupantes. Recorrió mil veces el sitio, aprendió de memoria los detalles en su exterior y, por fin, decidió entrar a to-

mar en préstamo las fotografías. Pues él no era un ladrón, era el hijo de la señora de esa casa, su hijo más querido.

Entró por la parte trasera justo del lado del jardín. Rompió un cristal y abrió la ventana. Sin perder tiempo en detalles buscó desesperadamente los álbumes familiares. No, no los encontraba. Su frustración se elevó al máximo y comenzó a tirar cosas sin darse cuenta de la hora. Buscaba, buscaba, solo buscaba... Y así, en ese estado de abandono, no se percató de que uno de los hijos llegó a la casa. Cuando estuvo frente a él Adolfo lo tomó con fuerza y le ordenó que le dijera dónde estaban los álbumes. El jovencito aterrorizado, temblando como una imagen frágil, casi sin color, lo condujo hasta donde estos se encontraban. Adolfo soltó al adolescente y comenzó a hojear los volúmenes perdiendo de nueva cuenta la noción del tiempo y del lugar donde se hallaba. Minutos después el mismo muchacho regresaba con una pistola y le apuntaba directo al cuerpo.

—Quédese donde está hasta que llegue la policía.

Adolfo le sonrió, tomó las fotografías que ya había escogido y quiso salir corriendo del lugar sin medir las consecuencias. Debía llegar a colocarlas en su álbum negro. Pero el muchacho se interpuso en su camino, ese jovencito que bien pudo ser su hermano. Adolfo lo miró a los ojos y descubrió que efectivamente tenían la misma mirada, un poco fuera de este mundo. Sí, reflexionaría sobre la posibilidad de incluirlo en su familia. Fue cuando volvió a escuchar su voz.

—Ya he llamado a la policía, quédese donde está o disparo.

Adolfo intentó quitarle la pistola y forcejearon un poco. Después se oyó un disparo sordo que encontró refugio en el cuerpo del adolescente. No podía creerlo, había matado a su hermano. Porque en ese momento aceptó esa fraternidad, mientras la sangre corría por sus manos y manchaba las fotografías que desfallecían en el piso. Entonces, Adolfo abrazó fuerte al muchacho contra su pecho, no supo qué otra cosa hacer. Lloró. Lloró hasta que llegó la policía. Luego la familia del jovencito y por último su madre que le dedicó la mirada más cruel, expulsándolo para siempre de ese paraíso filial.

Y lo arrojaron en una celda fría y oscura. Lo interrogaron hasta el cansancio sobre el móvil de aquel injusto asesinato. Le confiscaron toda su historia, todo su pasado y lo devolvieron a una realidad tan insólita. Por fin fue condenado, a prisión perpetua, sin entender bien por qué su padre, abogado de oficio, no se presentó a defenderlo. Por qué su madre lo desconoció como hijo y lo condenó al encierro. Por qué sus abuelos no van a visitarlo. Por qué la abuela del pelo color zanahoria no movió sus influencias para atenuar su condena. Y sobre todo no entendió por qué la familia es tan cruel aún cuando se imagina.

Registro de imposibles, 2000

Bocabajo

—¿Cómo se le ocurrió intentar tal cosa?

Y la pregunta lo transporta a su habitación, donde recostado en la cama escucha a su abuela chocar aquí y allá unas cazuelas en la cocina. No puede concentrarse en sus revistas con tanto ruido, no puede prestar atención a sus cavilaciones, así, en medio de tanto estruendo. Busca unos cigarrillos. Fuma. Su abuela ahora le grita que no encuentra sus muelas desde hace una semana: las necesita, pues ya se hartó de comer solo papillas y caldos, y desea un pedazo de carne. Él mira el calendario, hoy es día de cobrar el cheque de la pensión de su abuela. Se levanta y se viste, va hasta donde la anciana. Ella está sentada con los pensamientos puestos en sus muelas.

—Ya es hora de ir por el cheque.

—Yo no voy si no me encuentras mis muelas.

—Luego se las busco. Si no nos apuramos...

Y la anciana, sin dejarlo terminar, empieza a berrrear, a gritar, a tirar las cosas.

—Siempre dices lo mismo y no haces nada.

Vuelve a lanzarle cosas. Él intenta sujetarla, pero ella es muy fuerte, a pesar de su edad logra lanzar al nieto contra la cómoda. Como es lógico el muchacho se enfada, la toma con más fuerza del brazo, la sacude y acaba

por darle una bofetada. La abuela se lleva la mano al labio, la mira llena de sangre y entra en pánico. Cae al piso y se revuelca en una rabieta de senilidad intolerable. Él ya no le hace caso, supone que es otro teatrillo para hacerle la vida más pesada; después de cobrar el cheque la lleva a tomarse un pulque, con eso hacen las paces siempre. Quizás esta vez le compre dos tarros para que se quede bien noqueada hasta el día siguiente. Pero la anciana, de pronto, no se mueve, ni le grita cosas. Él supone que algo anda mal. Mira a su abuela, espera unos segundos, a lo mejor ahora sí es en serio. Un sudor frío le advierte que aquello se ve mal y entra en pánico. El silencio colgado de pronto por todos lados, la calma observándolo desde todos los sitios lo trastornan, además ahí está la abuela bocabajo como una cosa inerte. Él se acerca y le da una patadita, no se mueve, le da otra con más fuerza y otra más, nada. La gira con mucho cuidado: horror, los ojos los tiene muy abiertos. Pega su oído al pecho de la anciana, aprieta los labios, quizás invocando la posibilidad de que se ha ido, ella ya no respira...

—¿Por qué tenía que hacer eso?

No termina de escuchar esa otra pregunta porque él ya está de vuelta reviviendo aquello en la casa de su abuela, se encuentra ahí frente a ella, con un poco de sangre en la mano, pues el labio no deja de sangrar. Con cierta angustia la levanta del piso, la recuesta en la cama, le cierra los ojos, no soporta más cómo lo miran, con ese aire de reproche, ni siquiera muerta tiene

otra manera de verle. Camina de un lado a otro de la habitación, luego se asoma a la calle para ver si no hay algún entrometido, alguien que pasando azarosamente por ahí hubiese escuchado los gritos, la pelea. Nadie. Afuera solo hay calma. Vuelve a su cuarto, se echa en la cama, cierra los ojos y se queda dormido. Al despertarse imagina todo aquello como un sueño, como una penosa pesadilla de esas tan reales que aún después de despertar uno sigue con miedo. En la pared vuelve a distinguir el calendario y la fecha marcada. “El cheque, tenemos que ir por el cheque”.

— ... *¿No se haga el sordo? ¡Conteste!*

Él baja la cabeza y murmura unas palabras.

—*¡Hable más fuerte!*

Pero él ya está levantándose de golpe de la cama, peinándose, buscando su cartera, listo para ir con su abuela por el cheque. Cuando entra en la habitación la encuentra dormida, él quiere suponer esto, pero al acercarse comprueba su error: la anciana está bien muerta, demasiado muerta, tan muerta que no podrá cobrar el cheque. Y se molesta. Debería estar triste, por lo menos sorprendido al darse cuenta de que aquello no es un sueño, debería sentir algo, pero la idea de no cobrar la pensión lo pone histérico. No sabe qué hacer, va de un lado a otro desconectado de cualquier posibilidad. Enciende la televisión. Pasa una media hora y él sigue ahí viendo la tele. Busca un poco de agua para refrescarse, el calor lo aturde, es infernal esa casa cuando llegan las

doce del día. Se recuesta a un lado de la abuela. Cambia de canal una y otra vez tratando de tranquilizar su cabeza, para eliminar el maldito mensaje retumbando en su interior: “Tienes que cobrar el cheque”. No está pensando: “Soy asesino de viejitos” o “Debo de llamar a la Cruz Roja para que se la lleven, para que verifiquen que ha sido un terrible accidente”. Aunque está la cosa del golpe, él le reventó el labio y seguro lo acusan de violencia intrafamiliar, ya ahora están muy duros los de derechos humanos, ellos no van a entender nada de nada. Nadie va a creer que él no quiso matarla.

Mira su reloj, las doce y media, la fila ya debe de dar la vuelta a la manzana. Tienen que irse ahora o no podrán cobrar el cheque hasta el lunes, y él se morirá de hambre, no podrá llevar a Lupita al cine ni comprar sus revistas. Con terror comprueba cómo gira y se reacomoda el porvenir: su salud, su vida afectiva, su futuro se vendría abajo, todo porque se le ocurrió a su abuela morirse así como así, a finales de mes, sin cobrar el cheque, sin arreglar las cosas para dejarlo bien protegido. Seguro las tías se le van a echar encima en cuanto sepan que ya se les murió la madre, lo sacarán de la casa para venderla y él vagará como paria porque todavía no sabe hacer nada. Eso es injusto, ellas nunca la atendieron, en cambio él... Debe cobrar el cheque, tiene que resucitar a la abuela. En eso piensa cuando la televisión parece hablarle con una voz conocida, y es así, reconoce la voz de una de esas telelagartonas de siempre, la

recuerda de niño, de adolescente, ahora de joven y de seguro lo enterrarán con esa voz, porque esas mujeres de la televisión parecen estar momificadas de por vida, encontraron alguna forma para mantenerse al aire por una eternidad. Él las odia, porque son viejas y viven, porque están ahí, quitándole la oportunidad a otros: “Criaturas del demonio”, y al pronunciarlo una idea le sacude el cerebro.

—*Podemos quedarnos aquí el tiempo necesario hasta hacerlo hablar, le sugiero que empiece a dar respuesta o la va a pasar mal. ¿Por qué le hizo eso a su abuela?*

¿Si la momifico? Su cabeza por fin empieza a ordenar sus pensamientos. Apaga la televisión. No sabe gran cosa del tema y no conoce a ningún embalsamador, ni siquiera tiene amigos que les interese la medicina, pero él debe hacer que la abuela resista tres días para poder cobrar el cheque el lunes, pues ya son las doce del día y a la una de la tarde cierran las ventanillas donde atienden a los pensionados. Decide salir, ir a la biblioteca, buscar soluciones...

—*¿Estás ahí muchacho? Si sigues con esa actitud me voy a ver en la necesidad de darte un...*

Y mientras recibe el golpe en la cabeza, de su cerebro brotan nuevas imágenes: él vaga por el mercado buscando entre la multitud una salida a sus preocupaciones. Se detiene frente a la pescadería y observa con detenimiento los ojos absortos de los peces muertos descansando sus cuerpos sobre el hielo. “¿Qué va a lle-

var, joven? Están fresquecitos, mírelos”. Él se acerca, los contempla con atención perversa, y una idea casi involuntaria lo sacude: si a su abuela la mete en hielo, ¿se mantendrá fresca? Una mueca semejante a una sonrisa le hiel a la conciencia e inmediatamente va hasta donde el expendio de cervezas y...

—*Hace calor aquí dentro, ¿verdad muchacho? El calor es infernal por esta época del año..., y pues aquí nos vamos a quedar asándonos hasta que a ti te dé la gana contestar.*

La figura de su abuela yace bocabajo cubierta de hielo. La metió en la tina más grande que encontró en la casa, como ella no es muy grande la acomodó perfectamente. Él la mira. Tiene observándola algunas horas, tantas que no se ha percatado de que el color va palideciendo poco a poco, el color también se muere. Él se queda dormido.

Despierta, la noche sigue ahí. El hielo se ha vuelto agua y su abuela flota bocabajo, desnuda y bocabajo. Nunca se había fijado en la figura de ella, en lo arrugado de su espalda, en la poca velloosidad de su cuerpo, en la flacidez de sus músculos, en las manchas oscuras que cruzan toda su piel: “¿Cómo puede ir así por el mundo con los senos caídos y las nalgas secas?”. La ve nuevamente y lo invade un pequeño asco, un leve mareo. Es entonces que la voltea, los ojos de la anciana parecen cubiertos por una delicada tela opaca que encierra el brillo de otros años, delatan la soberbia amargura de sentirse atada a él, a él que no la quiere nada. De repen-

te, va y busca una piedra o algo pesado entre las mace-
tas, coloca de nuevo a la vieja bocabajo y pone sobre la
espalda un ladrillo, mejor dos o tres, no desea ningún
tipo de reproche, ni resurrecciones ni que le dé la cara.
Al hacerlo siente el agua muy tibia, es el maldito calor.
Mira el reloj, la una de la mañana, debe traer más hie-
lo. Va al expendio. Tarda un poco en regresar porque el
dependiente le hace preguntas, él sólo responde: “Nos
cortaron la luz, es para el refri...”.

—*Es cansado estar aquí repitiéndote la misma pre-
gunta, ya se me agotó la paciencia. ¿Qué no sientes nada?*

No siente las manos, dos días haciendo lo mismo, po-
niendo hielo a cada rato, las tiene entumecidas, por más
que las calienta parecen ausentes del resto del brazo. Las
acerca a la llama de la estufa y es hasta después de mucho
tiempo cuando vuelve el color y la sensación de movi-
miento. Y su abuela sigue ahí flotando bocabajo. Debe ir
por más hielo, soportar más preguntas del dependiente, in-
ventar más pretextos. Cada vez que sale su corazón parece
reventarle, teme ser descubierto antes de cobrar el cheque,
teme a sus amigos, a los vecinos, a las malditas tías apare-
ciendo por sorpresa. Ellas nunca visitan a la abuela, nunca
la llaman, pero seguro ahora, cuando es menos oportuno,
llegarán con esa sonrisa de “Te queremos mucho, mamita
linda”, “¿cómo te trata este parásito de nieto que tienes?,
¿has tomado tus medicinas?”. Piensa en eso y su corazón se
atterra, porque a ellas no les interesan sus necesidades, ni su
futuro que es ese cheque y todos los cheques de la abuela.

Sale el domingo por la noche con su novia con el fin de calmar un poco las sospechas, de que todo parezca normal, pues esa es la rutina dominguera: dar una vuelta con Lupita, beber alguna cerveza por ahí. Ella lo nota ausente y él, para que no le pregunte nada, se le ocurre besarla. Lo hace con fuerza y a ella le gusta, se deja hacer. Todo va viento en popa, casi olvida que ha matado a la vieja, hasta que introduce la mano por debajo de la blusa y Lupita grita. Se separa con violencia, él tiene las manos muy frías, demasiado frías. Se avergüenza, no sabe dónde meterse, y para evitarle el bochorno le pregunta por la salud de la abuela. Eso empeora el cuadro. Él esquivo la pregunta sin dejarse llevar por el pánico de una confesión apresurada. Decide que es mejor despedirse.

De vuelta a casa los remordimientos se lo tragan como si miles de gusanos le hirvieran la carne por dentro, trata de tranquilizarse. Trae más hielo para la abuela que empieza a oler mal y a hincharse. El agua que se desborda de la tina tiene un color amarillento y la piel de la anciana empieza a arrugarse más. Drena la tina y pone más hielo. Pero el calor es insoportable, él quisiera estar también ahí dentro con su abuela, abrazados. No recuerda cuántas veces puso hielo antes de quedarse dormido, sin sentir las manos.

Es lunes. Despierta. El agua moja su espalda y el olor a podrido se interna en los poros de su cuerpo contagiándolo de muerte. Va hasta donde la vieja, la

encuentra flotando bocabajo en agua tibia, los ladrillos y algo de excremento se divisan al fondo de la tina y otros tantos flotando sigilosamente entre ella. Tiene que bañarla, vestirla, maquillarla, ponerla en... la silla de ruedas. No se la pidió prestada a Gustavo. Se pega en la cabeza una y otra vez como si de esa forma sacara toda la estupidez que le carcome por dentro.

El maquillarla le cuesta mucho trabajo pues no logra hacer desaparecer ese color cetrino. La polvea en exceso, le pone rubor hasta formar dos manchas rojas en las mejillas, el lápiz labial se agota en los labios que no quieren retener el color. Y el calor ahí, humedeciendo todo su esfuerzo; debe de encontrar una forma de perpetuar el cosmético en la cara de la abuela. El barniz. Sí, le barniza el rostro, la anciana brilla como un sol muerto... Después de un rato la vieja está vestida, maquillada, lista para ir a cobrar el cheque. Él busca las identificaciones y va por la silla de ruedas a casa de Gustavo. Pese al retraso por ese olvido, todo va bien, todo va sobre ruedas.

Por fin llegan al edificio, es temprano, pero ya hay una fila enorme. Él acomoda a su abuela de tal modo que parezca dormida, así esperan y avanzan, avanzan y esperan. Él observa a los ancianos, la actitud vacía, casi estoica de sus presencias lo avasalla, lo arranca de sí mismo, lo lanza más hacia el odio que les tiene a todos ellos: pedazos de carne vieja, arrugada, llena de tristeza, desesperanza y resignación. Él no va a llegar a viejo, él

no estará en esas condiciones de difunto parlante, esperando bajo el calor, en una fila inagotable, con el sudor que huele a naftalina, con los pensamientos puestos en formol para que aguanten estos tiempos, una miserable pensión. No, él no será un decrepito, un fatigado de la vida como ellos que se aferran a esta fila y a un cheque; porque los cheques de la abuela lo ayudarán a salir adelante, a ser hombre de provecho, a ganarse la vida y tener un retiro digno.

El sol pega de lleno en los rostros de todos, los ancianos miran con recelo al muchacho y con cierta curiosidad a la abuela: huele feo, está hinchada y su cara brilla como un espejo que los refleja. El barniz empieza a escurrírsele. Él no soporta las miradas, se rasca la cabeza, empieza a ponerse nervioso. Le molesta la gente, le molesta el calor, le molesta la lentitud con que la fila se mueve, le molesta el sueño muerto de la abuela y le duelen las manos, las tiene destempladas. Todo él se siente hinchado, infestado de calor y sopor. Pero el olor es lo más desagradable, ese olor que lleva pegado a la nariz, a la piel. Por fin entran bajo techo. Sin embargo, lejos de ser un alivio resulta contraproducente, el olor de su abuela penetra el lugar y las personas comienzan a sentirse incómodas.

Los ojos de los congregados sobrevuelan al joven y a la vieja, un policía incluso se acerca, los observa detenidamente, pregunta si la anciana se encuentra bien, él contesta: “No hay ningún problema, duerme”. Pero el policía no le cree, va hasta donde su compañero y

conversan. Deja de mirarlos, él está a dos personas de cobrar el cheque, es lo único importante, está tan cerca que no puede creerlo. Sin embargo, los policías se acercan, se acercan demasiado a la abuela, la tocan y ...

—*Yo solo quería cobrar el cheque.*

—*¿Qué dices, muchacho?*

—*Eso, yo solo quería dejar de estar bocabajo.*

Invenciones enfermas, 1997

**Con la
boca en la
mano
se terminó de
editar en noviembre
de 2019 en las oficinas
de la Editorial Universidad
de Guadalajara, José Bonifacio
Andrada 2679, Lomas de Guevara, 44657
Guadalajara, Jalisco**

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Sofía Reyes
Cuidado editorial

Maritzel Aguayo Robles
Diseño y diagramación